

El siglo XIX: tiempos de crisis, tiempos de cambio

Del hundimiento del último Imperio
chino a la emergencia del Imperio
colonial japonés

David Martínez-Robles
Albert Sasot Mateus
Carles Brasó Broggi

PID_00197509



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0 España de Creative Commons. Podéis copiarlos, distribuirlos y transmitirlos públicamente siempre que citéis el autor y la fuente (FUOC. Fundació para la Universitat Oberta de Catalunya), no hagáis de ellos un uso comercial y ni obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Índice

Introducción	5
Objetivos	7
1. La gran crisis china del siglo XIX	9
1.1. China en la empresa imperial europea	9
1.1.1. Rito y diplomacia	10
1.1.2. Restricciones al comercio extranjero	11
1.1.3. Opio, guerras y tratados desiguales	14
1.1.4. Intentos de modernización y pedagogía del imperialismo	19
1.2. Los desafíos internos	20
1.2.1. El Reino Celestial Taiping	23
1.2.2. Otras grandes rebeliones del siglo XIX.....	30
2. El final del imperio Qing	33
2.1. La crisis final	33
2.2. La muerte del imperio: la revolución de 1911	41
3. Auge, crisis y caída del bakufu de Edo	44
3.1. La consolidación del <i>bakufu</i> de Edo, 1600-1730	44
3.1.1. La preeminencia del shogun	45
3.1.2. Una rígida segmentación social	46
3.1.3. La hegemonía ideológica del neoconfucianismo	47
3.1.4. El control férreo sobre las relaciones exteriores	48
3.2. Consecuencias inesperadas de la estabilidad, 1730-1850	49
3.3. El turbulento fin de la era Tokugawa, 1850-1868	52
3.3.1. La imparable presión de Occidente	52
3.3.2. El activismo de los <i>shishi</i>	54
3.3.3. La incapacidad para mantener el control sobre los <i>daimyos</i>	54
4. Meiji <i>Ishin</i>, la refundación del Japón, 1868-1889	57
4.1. La construcción del Estado: el Sistema del Emperador	57
4.1.1. El fin del Japón feudal	58
4.1.2. Disidencias, rebeliones, oposición política	59
4.1.3. La Constitución Meiji	61
4.2. Hacia una economía industrial	62
4.2.1. Las directrices del cambio	63
4.2.2. El Estado y los empresarios	65
4.3. El crisol de un nuevo nacionalismo	68

4.3.1. El conflicto entre dos mundos	68
4.3.2. La reinención de la tradición imperial	70
4.3.3. La reafirmación regional	71
Bibliografía	73

Introducción

Entre 1800 y 1900, Asia oriental vive una metamorfosis completa y profunda. El siglo que se extiende entre estos dos años representa un periodo de cambios y crisis encadenadas que transforman hasta los cimientos la vida política, económica, social y cultural de China y Japón. En China, estos cambios se viven de manera auténticamente traumática: guerras con países extranjeros (incluido Japón), guerras internas de dimensiones descomunales, hambrunas, invasiones, golpes de Estado... Se trata de una crisis con dos caras muy distintas pero íntimamente interrelacionadas, tal como se estudiará en el primer apartado de este módulo: las problemáticas internas desembocarán en una serie de grandes rebeliones, a mediados de siglo, que minarán las posibilidades económicas del Estado chino e hipotecarán el futuro de China durante décadas; y las problemáticas externas sumirán a China a un imparable proceso alienante que acabará por hundir la dinastía reinante y transformar por completo las bases del mundo chino. El resultado final de este proceso bicéfalo llevará a China a un momento decisivo de su historia, que se analizará en el apartado 2: el final del imperio y la instauración de la república, poniéndose así punto final al camino monárquico iniciado por el primer emperador de la dinastía Qin en el siglo III a. C.

Por lo que se refiere a Japón, a lo largo del siglo XIX sufrió un proceso de cambio dramático. Podríamos resumirlo tal como sigue: tras una época de gran estabilidad, que se remontaba a inicios del siglo XVII, el malestar que se incubaba en las islas desde mediados de la centuria anterior empezó a hacer mella en el entramado tejido por Tokugawa Ieyasu (1542-1616) y sus sucesores. El deterioro se aceleró hacia 1850, cuando la intersección del mundo nipón con el Occidente imperial redujo al país a una situación semicolonial. Parecía que el futuro sólo podía deparar subordinación e inestabilidad. En cambio, al acercarnos a 1900, encontramos un estado en pleno proceso de industrialización y transformación institucional, con ambiciones fundadas de ejercer una gran influencia en la región, y aceptado en el nuevo orden mundial que las grandes potencias de ultramar habían diseñado para satisfacer su voracidad expansiva. ¿Cómo podemos explicar una modificación del escenario tan brusca? A nuestro entender, sólo desde la siguiente perspectiva: si bien la espuma de los acontecimientos nos remite a las décadas que siguen a la denominada "Restauración Meiji", durante las que se puso en marcha un programa explícito de modernización, dudamos que éste hubiera podido tener éxito sin los cimientos que la sociedad japonesa fue labrando en el periodo anterior. Es por ello que hemos dividido nuestro relato sobre la historia de Japón en este módulo en dos secuencias desiguales: en la primera (apartado 3) nos remontaremos hasta los días posteriores a la batalla de Sekigahara (1600) con el objetivo de hallar los fundamentos, las bases de tan rápida mutación. Tras este trayecto

por medio de más de 250 años de la historia del archipiélago, dedicaremos la segunda parte de la exposición (apartado 4) al análisis de los procesos desencadenados a partir de 1868.

Objetivos

Los objetivos de este módulo son:

- 1.** Comprender la situación de la que parten China y Japón a inicios de siglo XIX.
- 2.** Conocer los acontecimientos más destacados de la historia diacrónica de China y Japón a lo largo del siglo XIX.
- 3.** Entender la relación entre los factores internos y externos que expliquen las transformaciones políticas, económicas y sociales que China y Japón experimentan a lo largo del siglo XIX.
- 4.** Comprender el papel de China y Japón en la historia global del periodo estudiado en este módulo.
- 5.** Conocer la bibliografía más destacada sobre la historia de China y Japón de este periodo.

1. La gran crisis china del siglo XIX

El punto de partida de estos materiales es el siglo XIX, momento en que el expansionismo imperial europeo llega a Asia oriental para imponer sus maneras de concebir el mundo. Después de las guerras napoleónicas, Gran Bretaña pasó a dominar el comercio marítimo entre Europa y Asia; se consolidó en la India, el eje fundamental del Imperio Británico después de la independencia de Estados Unidos, y ocupó posiciones estratégicas en el estrecho de Malaca (Singapur). Con todo, China era un país que se mantenía al margen del gran flujo de los intereses británicos, gracias a su próspero mercado interno. Las actividades de los países occidentales son, desde la perspectiva china, una anécdota que no se ajusta a sus intereses ni instituciones.

Sin embargo, a finales del siglo XIX, la situación en China ha cambiado drásticamente. La dinastía Qing está viviendo entonces sus últimos momentos, y con ella el mismo sistema imperial. China no sólo dispone de organismos para regular sus relaciones con los países extranjeros, sino que ha experimentado una transformación radical en lo institucional, económico, social y cultural; transformación que, a nuestro juicio, ha sido mal comprendida e injustamente valorada. Se trata, en cualquier caso, de un periodo de cambios profundos que es necesario analizar con detenimiento.

1.1. China en la empresa imperial europea

La dinastía Qing vivió su momento de plenitud durante el siglo XVIII. Los emperadores Kangxi (1662-1723) y Qianlong (1735-1796) extendieron sus dominios más que ninguna otra dinastía de la historia china. El pueblo manchú, procedente de los territorios nororientales, consiguió someter a la inmensa población de etnia china *han*, y también otros pueblos, como los tibetanos, mongoles o uigures, que quedaron integrados en la estructura imperial dominada por la corte manchú. La extensión territorial, el carácter multiétnico del estado y el uso de diferentes lenguas en la Administración hizo que la dinastía Qing fuera una de las potencias más poderosas del siglo XVIII.

No obstante, el imperio Qing no disponía de organismos específicos para vehicular los contactos con los países llegados de Europa. Las naciones que tenían frontera interior con el Imperio chino veían cómo sus relaciones con China eran asumidas por el *Lifanyuan*, la Oficina de Administración de los Países Extranjeros. Desde el siglo XVII, este organismo se había encargado de canalizar los contactos con territorios como Rusia o de Asia central. Pero los vínculos con el resto de países, incluidos los europeos, quedaban bajo la jurisdicción del *Libu* o Ministerio de los Ritos, que tenía muchas otras atribuciones y que sólo secundariamente se encargaba de las relaciones exteriores. Los motivos, objetivos y consecuencias que tenía el hecho de que los funcionarios de ese

ministerio se hiciesen cargo de las relaciones con la mayoría de países extranjeros han sido objeto de múltiples interpretaciones, algunas de ellas contradictorias. Tradicionalmente, se ha considerado que las relaciones con los países extranjeros eran valoradas desde una perspectiva ritual, en lo que con frecuencia se denomina sistema tributario, según el cual el emperador de China teóricamente ocupaba un lugar central en el universo que el resto de naciones y soberanos tenían que reconocer.

1.1.1. Rito y diplomacia

La teoría del sistema tributario, formulada por vez primera por J. K. Fairbank a finales de los años 1940, ha sido redefinida, discutida y rebatida en las últimas décadas. De manera general, afirma que cualquier país que pretendiese mantener relaciones con el Imperio chino debía reconocer, simbólicamente, la centralidad del emperador y su imperio. Ese reconocimiento se plasmaba en embajadas que ofrecían su tributo al emperador en un contexto marcadamente ritualizado, que incluía entre otras cosas el *kowtow* (*koutou*), una serie de postraciones ante el emperador. A cambio, los emisarios extranjeros recibían regalos que no eran más que una forma encubierta de comercio, de modo que el sistema beneficiaba a ambos participantes: de manera simbólica al Estado chino, y de manera práctica a los extranjeros. Ello, según indica Fairbank, permitió la perpetuación del tributo desde tiempos antiguos, a pesar de que resultó en el desarrollo por parte de China de un culturalismo que la alejó del sistema de relaciones empleado en Occidente y condujo a un aislamiento y un sinocentrismo cada vez más pronunciados.

A lo largo de las décadas, esta interpretación se ha visto completada o parcialmente corregida: se justificó por qué las fuentes chinas no mencionan el sistema tributario, se revisó el momento de inicio de este tipo de prácticas, se cuestionó la importancia de los productos indirectamente comerciados o se redujo el número de países al que se puede aplicar el sistema tributario. Sin embargo, a pesar de estas matizaciones, en general se ha mantenido vigente como trasfondo la asunción de un dualismo interpretativo que contrapone las consideraciones rituales y culturalistas de las dinastías chinas con las argumentaciones supuestamente basadas en el razonamiento práctico que han articulado las relaciones internacionales en el mundo occidental.

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este apartado, ved el clásico (representante de la representación tradicional de las relaciones exteriores de China):

John King Fairbank (ed.) (1972). *The Chinese World Order. Traditional China's Foreign Relations*. Harvard: Harvard University Press.

Para una revisión a la bibliografía sobre esta temática, ved la introducción de:

James L. Hevia (1995). *Cherishing Men from Afar. Qing Guest Ritual and the Macartney Embassy of 1793*. Durham: Duke University Press.

El sistema tributario

La primera descripción cabal del sistema tributario se encuentra en:

John K. Fairbank; Ssu-yü Têng (1941). "On the Ch'ing Tributary System". *Harvard Journal of Asiatic Studies* (vol. 6, núm. 2).

Esta contraposición entre cultura y razón práctica es la misma que separa el ritual (chino) de la diplomacia (europea). Un ritual asociado por Occidente a las creencias de los pueblos premodernos y que ponía a los funcionarios chinos de espaldas a la realidad de lo que estaba sucediendo en esos momentos a su alrededor. En otras palabras, la colisión entre la cosmovisión china y la occidental era, según la teoría del sistema tributario, inevitable, en tanto que se trataba de un choque entre culturas, una de las cuales abanderaba la modernidad mientras que la otra se encontraba estancada en la tradición y la supersición. Aun así, las fuentes chinas enseñan que durante la dinastía Qing no había un consenso sobre lo que significaba el término *ritual* (*li*), sino múltiples interpretaciones sin una definición unívoca; obviamente, pretender que estas interpretaciones estaban exentas de racionalidad o de consideraciones prácticas resulta absurdo si se examinan los documentos históricos sin prejuicios. Por otro lado, la ley de las naciones o el derecho internacional formulados en Europa mantienen elementos rituales destacados en forma de ceremoniales, jerarquías tradicionales (religiosas, políticas, militares, etc.) y todo tipo de simbolismo y parafernalia que definía cada potencia. Por lo tanto, el dualismo entre cultura ritual (china) y razón (occidental) no tiene un fundamento sólido.

Aunque no existe una teoría que haya substituido globalmente la del sistema tributario, sus premisas han quedado rebatidas por las fuentes y los estudios de las últimas décadas, que han demostrado que se trataba de una forma de justificación de las acciones del imperialismo occidental en China. Si el Estado Qing se mostraba reacio a los intereses de los países extranjeros era, simplemente, porque sus propios intereses eran muy distintos, no por un malentendido cultural.

1.1.2. Restricciones al comercio extranjero

No obstante, el desinterés oficial del Estado por el comercio extranjero contrastaba con el tráfico de mercancías que, a partir de los siglos XVII y XVIII, alimentaba la costa sur de China. Desde mediados del siglo XVIII, el Estado decidió aplicar importantes restricciones a ese comercio, en conjunto conocidas en Occidente como *Canton system*. El principal puerto abierto al comercio europeo era el de Guangzhou, las relaciones de los comerciantes extranjeros estaban monopolizadas por una asociación de comerciantes de esa ciudad ratificada, oficialmente, por el Gobierno provincial y conocida como Cohong (*gonghang*). Las posibilidades de residencia de los comerciantes europeos que llegaban al puerto de Guangzhou eran muy limitadas, regidas por unas estrictas regulaciones definidas por las autoridades Qing, tal como se ve a continuación en el texto de las regulaciones con las que se debían regir los comerciantes extranjeros.

"Las Regulaciones de 1760 (originalmente ocho, ampliadas posteriormente)

1) Ningún barco extranjero puede navegar por las inmediaciones del puerto de Guangzhou.

Bibliografía

La primera denuncia de la defensa implícita que los principales historiadores occidentales hacían de las acciones de las potencias imperiales fue de Joseph Esherick:

Joseph Esherick (1972, noviembre-diciembre). "Harvard on China: the Apologetics of imperialism". *Bulletin of Concerned Asian Scholars* (vol. 4, núm. 4).

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

Jonathan Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 117-137). Nueva York: Norton.

I. Hsü (1995). *The Rise of Modern China* (pág. 139-167). Nueva York: Oxford University Press.

J. A. G. Roberts (1998). *Modern China: An Illustrated History*. Phoenix Mill: Sutton.

- 2) Ni se puede introducir a las factorías ni mujeres ni armas.
- 3) [...] los barcos extranjeros no pueden establecer comunicación directa con los comerciantes chinos sin supervisión oficial.
- 4) El servicio de cada factoría está restringido a ocho chinos [...].
- 5) Los extranjeros no pueden comunicarse con los funcionarios chinos excepto a través de la mediación del Cohong.
- 6) No se permite a los extranjeros a ir en bote libremente por el río [...]. En el 8.º, 18.º y 28.º día del mes pueden tomar el aire [...]. [En esos días] esos extranjeros pueden visitar los Jardines de las Flores, pero nunca en grupos de más de diez a un mismo tiempo. Si estos diez entran en los pueblos, los lugares públicos o los mercados, se castigará al intérprete que los acompaña.
- 7) El comercio extranjero se debe vehicular a través de los comerciantes Hong [del Cohong]. Los extranjeros que vivan en las factorías no deben entrar y salir con demasiada frecuencia, aunque pueden pasear en el recinto de cien metros de las factorías [...].
- 8) Los comerciantes extranjeros no pueden permanecer en Guangzhou después de la temporada de comercio [que duraba de octubre a mayo], deben regresar a sus tierras o a Macao.
- 9) Los extranjeros no pueden comprar libros chinos ni aprender el chino.
- 10) Los comerciantes del Hong no deben contraer deudas con los extranjeros."

I. Hsü (1995). *The Rise of Modern China* (pág. 201). Nueva York: Oxford University Press.

Estas restricciones tenían una función básicamente proteccionista, después de la experiencia de siglos de piratería extranjera (que incluía a occidentales) y de problemas derivados de la presencia de comerciantes de otros países en la costa china. Sin embargo, en tanto que se oponían a sus propios intereses privados, fueron interpretadas por una parte de los comerciantes occidentales que frecuentaban el sur de China como una muestra de arbitrariedad irracional y de rechazo a los extranjeros. En este contexto, hay que situar la embajada que Lord Macartney realizó en China en 1793-1794. Con ella, los británicos pretendían poner fin a estas restricciones e imponer a China una nueva forma de entender las relaciones internacionales: abrir nuevos puertos, obtener garantías para exportar los productos chinos en condiciones más favorables, poseer un enclave comercial en territorio chino que sirviese como base para los comerciantes británicos y que, al mismo tiempo, favoreciese la importación a China de manufacturas británicas y, finalmente, establecer una delegación permanente en Beijing.

La embajada fue una muestra de la opulencia británica: entre sus más de cien miembros contaba con pintores, traductores, ingenieros, astrónomos, botánicos, relojeros, jardineros, matemáticos, médicos, etc., que hicieron llegar a la corte del emperador ingenios de todo tipo que debían causar una impresión sobre el desarrollo tecnológico y científico de Gran Bretaña. Sin embargo, el resultado de las negociaciones tuvo poco que ver con lo que el Gobierno de Londres pretendía: un rechazo explícito del emperador Qianlong de todas las demandas inglesas. China, explicaba el emperador al rey de Inglaterra, no necesitaba de las manufacturas que los británicos podían ofrecerles:

"Los diversos artículos que nos habéis presentado, oh Rey, en esta ocasión son aceptados por la oficina al cargo de estos asuntos siguiendo mis especiales disposiciones en consideración a la larga distancia que han recorrido estas ofrendas con deseos sinceros de buena voluntad. Es un hecho que la virtud y el prestigio de la Dinastía Celestial han alcanzado todos los lugares, que los reyes de toda la constelación de naciones llegan por tierra y mar con toda clase de cosas preciosas. Por tanto, no hay nada de que carezcamos, como vuestro principal enviado y otros han podido comprobar por ellos mismos. Nunca hemos apreciado mucho los artefactos extraños o ingeniosos, ni tenemos mayor necesidad de las manufacturas de vuestro país."

Ssu-yu Teng; John King Fairbank (1982). *China's response to the West: a documentary survey 1839-1923* (pág 19). Cambridge: Harvard University Press.

La embajada de Macartney se produjo en un momento en que los intelectuales europeos comenzaban a observar el Imperio chino desde una perspectiva crítica y marcadamente negativa: China había dejado de ser un país admirado por su larga historia, su refinada civilización o su elaborado sistema de gobierno para ser considerado ya, a mediados de siglo XVIII, un vestigio corrupto de su gloria pasada, un imperio inmóvil, cerrado, sin progreso y sin futuro. Las reflexiones de Macartney –cuyos escritos circularon en distintas traducciones por toda Europa– reflejaban este estado de opinión:

"El Imperio chino es un viejo y destartado barco de guerra de primer nivel que, gracias a la afortunada sucesión de oficiales capaces y atentos, se ha mantenido a flote durante los últimos 150 años y que ha controlado a sus vecinos sólo por su apariencia, pero que cuando un hombre incapaz asuma el mando del timón, adiós a la disciplina y a la seguridad del barco. Quizás no se hundirá inmediatamente, irá a la deriva un tiempo, y después quedará desmantelado en la playa; pero nunca podrá ser reconstruido sobre su viejo casco."

J. L. Cranmer-Byng (ed.) (1962). *An Embassy to China, Being the journal kept by Lord Macartney during his embassy to the Emperor Ch'ien-lung, 1793-1794* (pág. 212-213). Bristol: Longmans.

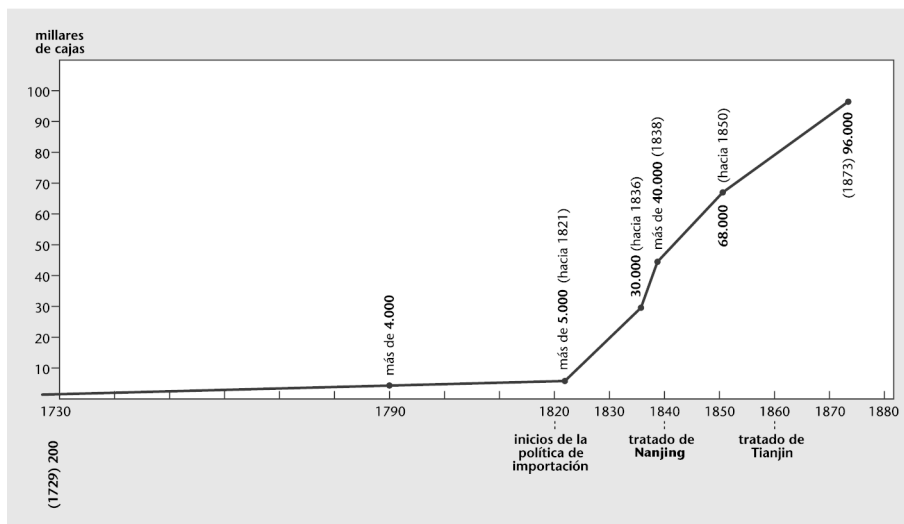
El fracaso de la expedición de Macartney no es difícil de comprender. El comercio de China con el conjunto de países europeos le era claramente favorable: China era un país marcadamente exportador de productos y manufacturas (de manera destacada, té y porcelana), que los países occidentales adquirirían a cambio principalmente de plata. No había ningún motivo razonable que aconsejase a China introducir cambios en la estructura de su comercio exterior, por mucho que ello fuese motivo de insatisfacción para los comerciantes extranjeros.

1.1.3. Opio, guerras y tratados desiguales

Esta fue la situación de las relaciones exteriores del imperio Qing hasta que, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, Inglaterra empezó a introducir en China un nuevo producto de origen indio que se convertiría en el factor desencadenante de los cambios profundos que se producirían en las interacciones entre China y Europa, el opio. Gracias a este producto, y coincidiendo con el inicio de su auge importador, a mediados de la década de 1820, la balanza comercial del conjunto de países occidentales y de Inglaterra en particular con China se transforma y empieza a ser favorable a los países extranjeros.

Las colonias británicas en el sureste asiático en el siglo XIX ocupaban básicamente tres zonas: la zona de Birmania, Malasia y el sur de China. En China, el opio estuvo prohibido entre 1725 y 1860. Los ingleses producían el opio legalmente en la India (primero en la zona de Bihar y Varanasi en el siglo XVIII, y después en la zona de Malwa y Bombay en el siglo XIX), pero lo tenían que comerciar por vías extraoficiales, es decir, dejaban el tráfico exterior en manos privadas. Pero el opio era en realidad un asunto de estado y jugó un papel importante en toda la zona, siempre dependiendo de las directrices de la Administración de Calcuta y de la East India Company (EIC), que controlaba las producciones de opio y su posterior comercio encubierto, dependiendo de la receptividad de los chinos a comprarlo, ya fueran del continente o del sureste, y finalmente de los agentes internacionales encargados del tráfico. La alianza entre las comunidades de chinos expatriados y los ingleses, produjo el estallido del opio en aquella zona.

Introducción del opio en China, 1730-1880



Fuente: Jaques Gernet (1991). *El mundo chino* (pág. 469). Barcelona: Crítica.

Ello tendrá importantes consecuencias para el conjunto de los chinos. Se producirán profundos desequilibrios económicos y sociales en las zonas del sur, donde se lleva a cabo mayoritariamente el comercio del opio y su consumo es más elevado. La plata, que se emplea para comprar la droga, comienza a escasear y se encarece, hecho que tendrá graves repercusiones para el pueblo

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

Jonathan Spence (1991). *The Search for Modern China* (pág. 143-158). Nueva York: Norton.

I. Hsü (1995). *The Rise of Modern China* (pág. 168-212). Nueva York: Oxford University Press.

J. Polachek (1992). *The Inner Opium War*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Frederik Wakeman (1997). *Strangers at the Gate: social disorder in South China: 1839-1861*. Berkeley: University of California Press.

Janin Hunt (1999). *The India-China Opium Trade in the Nineteenth Century*. Jefferson: McFarland & Company.

Bibliografía

Carl A. Trocki (1999). *Opium, empire and the global political economy: A study of the Asian opium trade 1750-1950*. Nueva York: Routledge.

chino: el cobre, moneda habitual en las transacciones comerciales, se devaluó en pocos años respecto a la plata, moneda con la que se satisfacía una parte importante de los impuestos. Por ello, aunque éstos se mantienen estables, la presión fiscal relativa para el chino medio aumenta de manera constante, hasta duplicarse entre 1820 y 1845:

Tabla 1. Evolución del valor de la plata en China, 1820-1845

Año	<i>Liang</i> de plata (aprox. 37 gramos)	Equivalencia en monedas de cobre
1820	1	1.000
1827	1	1.300
1838	1	1.600
1845	1	2.200

Fuente: Gernet (1991). El mundo chino (pág.473) Barcelona: Crítica.

En este hecho, y no en el supuesto conservadurismo culturalista que tradicionalmente se ha atribuido al imperio Qing, radica el inicio de un conflicto que estallará en 1839 y que representará el comienzo del proceso de agresiones occidentales en China. El Imperio Qing, representado por el comisionado Lin Zexu, decide perseguir no sólo el consumo (como había sido habitual hasta entonces) sino también la importación de la droga, enfrentándose directamente a los grandes comerciantes británicos afincados en Guangzhou, que ven cómo todas sus reservas de opio en las factorías de Guangzhou son incautadas y destruidas después de un asedio que se prolongó durante varias semanas. Si se perseguía la importación de opio se desmantelaba una de las principales fuentes de financiación del Imperio Británico de Asia oriental, puesto que las finanzas de la India, y también de Singapur, dependían en gran parte de este comercio. La respuesta británica fue enérgica y se convirtió en una demostración de que China era entonces un país sumido en una importante crisis, como había vaticinado Lord Macartney cuatro décadas antes incapaz de rivalizar militarmente con Inglaterra, que gracias a su formidable marina de guerra se fue convirtiendo en potencia hegemónica a medida que avanzaba el siglo XIX.

La Primera Guerra del Opio (1839-1842) se desarrolló, principalmente, en la costa de la provincia de Guangdong. Tras nuevos desencuentros entre británicos y chinos (marineros británicos ebrios asesinaron a un pescador en la costa frente a Hong Kong), los comerciantes de opio presionaron a la clase política británica para que se diese una respuesta decidida a las acciones acaecidas en Guangzhou que asegurase, además, los intereses comerciales ingleses en el futuro. Existieron fuertes discusiones en Londres y, aunque los partidarios de la represalia armada acabaron triunfando, el debate mostró que se trataba de una cuestión polémica sobre la que no existía unanimidad en la sociedad británica. Así lo expresó un parlamentario liberal en 1840.

"Ellos [las autoridades chinas] os advirtieron que debíais abandonar este tipo de contrabando. Al ver que hacíais caso omiso, tenían el derecho de expulsaros de sus costas a causa de vuestra obstinación al continuar con este tráfico infame y atroz [...]. La justicia, desde mi punto de vista, está con ellos [los chinos]; y mientras ellos, los paganos, los bárbaros semi-civilizados, la tienen de su parte, nosotros, los ilustrados y civilizados cristianos, pretendemos unos objetivos que están en contra de la justicia y la religión [...]. Jamás he oído o he leído de una guerra más injusta, una guerra destinada a cubrir este país de una desgracia permanente. [...] La bandera [británica] se ha convertido en una bandera pirata para proteger un tráfico infame."

W. Hanes; Travis; Frank Sanello (2004). *The Opium Wars: The Addiction Of One Empire And The Corruption Of Another* (pág. 78-79). Chicago: Sourcebooks. [Palabras de William Gladstone].

No obstante, a pesar de las encendidas voces en contra, el primer ministro, Lord Palmerston, decidió enviar una armada a China para bloquear los principales enclaves de comercio de la costa sur, dando así inicio a la Primera Guerra del Opio (1839-1842). Ésta se desarrolló en dos fases. Durante la primera, una armada inglesa claramente superior (el vapor *Nemesis* fue el primero que llegó a las costas chinas procedente de Europa) se desplazó de sur a norte, hasta llegar, tras tomar la isla de Zhoushan (cerca del puerto de Ningbo), a la boca del río Bei, amenazando las ciudades de Tianjin y Beijing. Esta derrota supuso la destitución de Lin Zexu de su cargo de comisionado en Guangdong y su sustitución por un alto funcionario manchú para iniciar negociaciones con los británicos. Éstos se retiraron hacia el sur, pero cuando las negociaciones de paz empezaron a estancarse, atacaron la costa como advertencia de su superioridad naval. Esta presión dio como fruto una serie de concesiones, la llamada Convención de Chuanbi (enero de 1841), entre las cuales estaba la cesión de la isla de Hong Kong. Pero este tratado no entró en vigor, ya que provocó el enojo del propio emperador y la destitución del representante manchú que lo había negociado. Por su parte, los británicos, insuficientemente satisfechos, sustituyeron también a su máximo representante en China por un nuevo negociador, Sir Henry Pottinger, que se convertiría en el primer gobernador de la colonia de Hong Kong.

La llegada de Pottinger a la costa china supuso el inicio de la segunda fase de la Primera Guerra del Opio. Las tropas británicas ocuparon inicialmente Xiamen, Zhoushan y Ningbo. Poco después, soldados llegados desde la India permitieron a Pottinger avanzar hacia el norte, hasta tomar las ciudades de Shanghai y Zhenjiang, desde donde podían dominar el Yangzi y el Gran Canal. Cuando se disponían a atacar la ciudad de Nanjing, el emperador decidió autorizar nuevamente las negociaciones.

El consiguiente Tratado de Nanjing (1842), que pone fin a la guerra, representa un cambio radical en las relaciones de los países europeos con el imperio Qing. Los puntos más esenciales establecían:

- La apertura al comercio británico de cinco puertos de la costa china (Shanghai, Ningbo, Fuzhou y Xiamen, además de Guangzhou), en los cuales se debía permitir la residencia permanente de británicos.

- La cesión a perpetuidad de la isla de Hong Kong a la soberanía británica.
- El pago del opio destruido en Guangzhou en 1839.
- La abolición del Cohong.
- El pago de todos los costes de la guerra.

Durante los años que siguieron, otros países europeos firmaron tratados similares con las autoridades chinas, y de hecho las disposiciones firmadas por los británicos se aplicaron tácitamente a todos los extranjeros llegados a China, incluidos los de naciones menores. Especialmente duro fue un tratado suplementario de 1843 que Gran Bretaña firmó como ratificación y ampliación del Tratado de Nanjing. Fue el primero en incluir la llamada *cláusula de la nación más favorecida*: cualquier concesión que China otorgase a cualquier nación, de manera automática, en virtud de esa cláusula, quedaría también otorgada a Gran Bretaña. Esta cláusula, que se incluyó a partir de entonces en todos los tratados firmados por China, significó el inicio de una carrera imparable por ocupar esferas cada vez más amplias de la soberanía del imperio Qing.

Una de las características que mejor definen las acciones de las grandes potencias coloniales en China es el acuerdo tácito que existe entre ellas para compartir una empresa colonial atípica, en el que el colonizado mantiene una soberanía aparente y el colonizador no posee un único rostro. Una conocida viñeta humorística, aparecida a inicios del siglo XX en un periódico francés, muestra satíricamente esta ansia compartida por repartirse el pastel chino entre los distintos participantes del banquete colonial, ante la mirada impotente de un funcionario chino.

Como consecuencia de estos primeros tratados –y de los que otros países europeos firmaron en los años inmediatamente posteriores–, el comercio internacional creció de manera destacada durante toda esa década, especialmente en torno a los puertos de Shanghai y Hong Kong. Sin embargo, las expectativas de los grandes imperios euroamericanos no llegaron a cumplirse. Cuando el plenipotenciario británico Henry Pottinger firmó el tratado de Nanjing, los beneficios que los comerciantes británicos esperaban obtener del mercado chino se cifraron según su población. Además, Gran Bretaña confiaba que con la Revolución Industrial podría vender tejidos de algodón a buen precio que consumirían todos los chinos. Estas eran las bases que fundamentaban el librecambismo británico, pero la respuesta china nunca satisfizo estas expectativas. Sin embargo, el optimismo que se desencadenó entre los comerciantes e industriales euroamericanos por la apertura del mercado más grande del mundo (de 400 millones de personas), empujó a los países occidentales a ejercer una presión cada vez más grande sobre la China.



El reparto de China
Fuente: http://en.wikipedia.org/wiki/File:China_imperialism_cartoon.jpg#file

Bibliografía

Carl Crow (1937). *400 million customers. The experiences, some happy, some sad, of an American in China and what they taught him*. Norwalk (2003). East Bridge.

Ello, junto a la actitud desafiante de algunos representantes del Gobierno Qing, llevó el estallido de un nuevo conflicto armado, esta vez con la participación de Francia como aliada de los ingleses, la Segunda Guerra del Opio (1857-1860), que culminó con la firma del Tratado de Tianjin (1858) y las Convenciones de Beijing (1860), además de con la gratuita e injustificada invasión y destrucción anglo-francesa del Yuanmingyuan, el Palacio de Verano del emperador. Estos nuevos tratados ampliaban los derechos de los países extranjeros en China: nuevos puertos abiertos al comercio, también en regiones del interior, nuevas indemnizaciones, permiso de evangelización en todas las provincias, legalización del opio y residencia en la capital de ministros extranjeros.

Tabla 2. Tratados desiguales de China (Se indica sólo el primer tratado de cada país)

Año	País
1842	Inglaterra
1844	Estados Unidos
1844	Francia
1845	Bélgica
1847	Suecia
1851	Rusia
1861	Prusia
1862	Portugal
1863	Dinamarca
1863	Holanda
1864	España
1866	Italia
1869	Austria-Hungría
1871	Japón
1874	Perú
1880	Alemania
1881	Brasil
1882	Corea

Fuente: elaboración propia (David Martínez-Robles)

A partir de los años 1860, se inicia un proceso imparable de penetración occidental que se alarga hasta bien entrado el siglo XX. El número de puertos abiertos se amplía constantemente, los grandes imperios euroamericanos pasan a controlar importantes ámbitos de la esfera económica china, el núme-

ro de países con tratados aumenta de manera creciente, incluyendo naciones menores de Europa, América del Sur o Asia (España firma su primer tratado con China en 1864, tabla 2). China se convierte en una semicolonias sometida a los intereses de las potencias euroamericanas. Lo que se había vislumbrado ya a mediados de los años 1840 es totalmente evidente en el último tercio de siglo: a pesar de mantener su soberanía, los grandes imperios consiguen establecer enormes áreas de influencia que se reparten de mutuo acuerdo, lo que culmina en una política de puertas abiertas en la que las diferentes potencias respetan –y se aprovechan de– los avances de las otras. Los pagos de las indemnizaciones, que a finales de siglo serán exorbitantes, ponen al Estado chino financieramente en manos de Occidente. La explotación de los recursos, el control de las infraestructuras, además del dominio de las concesiones internacionales de los puertos abiertos, harán de China un escenario extraordinariamente provechoso para los imperios europeos, que además no tendrán que dedicar los esfuerzos y los recursos que les habría exigido mantener una colonia formalmente establecida.

1.1.4. Intentos de modernización y pedagogía del imperialismo

La derrota en la Segunda Guerra del Opio tiene además importantes consecuencias en el sistema administrativo del Estado chino. En 1861 se crea el *Zongli yamen*, el primer organismo diseñado específicamente para canalizar las relaciones con los países extranjeros, con el cual queda definitiva y estructuralmente abandonado el complejo sistema de comercio y ceremonial que hasta entonces había teñido las relaciones internacionales de China. Además, la humillación a que es sometida China hace patente la necesidad de iniciar una modernización general del país en lo económico, institucional y militar. Esta necesidad, sin embargo, no será entendida como un simple impulso occidentalizador. Así queda formulado en la expresión *Zhongti Xiyong*, "esencia china y práctica occidental", que se convertirá en la base conceptual del llamado *movimiento de autofortalecimiento*. Se buscará un uso práctico de los conocimientos básicamente técnicos que llegan a partir de aquel momento desde el extranjero a China, a pesar de mantener la *Weltanschauung* tradicional china, los ideales tradicionales de organización como base del Estado y la sociedad.

En este proceso de aprendizaje de las "lecciones" que infligía el imperialismo europeo, los misioneros tendrán un papel destacado: además de evangelizar sobre la religión, también evangelizarán sobre la cultura de Occidente, por medio de la publicación de libros, las traducciones del y al chino, la edición de periódicos, la apertura de hospitales de medicina moderna, etc. Toda esta amalgama de intereses económicos, militares y religiosos que empujaba al imperialismo de la época se justificaba mediante una frase sencilla, que resume en parte la idea que se tenía de la relación entre China y los países colonizados: estos tenían una "misión civilizadora" sobre los territorios que ocupaban. Obligada por esta necesidad de modernización, China comenzará a hacer uso de occidentales para llevar a cabo reformas importantes, se abrirán escuelas técnicas y de lenguas, además de arsenales, academias militares y navales y, a

Bibliografía

Para profundizar en este punto, ved:

Jonathan Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 194-204). Nueva York: Norton.

Mary Clabaugh Wright (1957). *The Last Stand of Chinese Conservatism: the Tung-Chih Restoration, 1862-1874*. Stanford: Stanford University Press.

James L. Hevia (2003). *English Lessons. The Pedagogy of Imperialism in XIX century China*. Durham: Duke University Press.

finales de siglo, se enviarán estudiantes al extranjero que, a su regreso a China, acabarán por jugar un papel importante en la modernización –técnica, política e intelectual– del país.

Un caso que ejemplifica la nueva situación es la creación de las Aduanas Marítimas chinas que, desde inicio de los años 1860, son dirigidas por el escocés Robert Hart, quien durante medio siglo las administrará fielmente al servicio del Estado chino. Representa un caso paradigmático de lo que J. Hevia (2003) ha definido como "pedagogía del imperialismo". Aunque Hart sirve honestamente al Gobierno chino, del que es un destacado funcionario (a pesar de que informa de todos los detalles del comercio a las autoridades británicas), al mismo tiempo se convierte en un pedagogo y maestro: enseña a los funcionarios chinos a asumir unos principios que hacía sólo dos décadas eran totalmente ajenos al mundo chino: el orden comercial y el sistema general de relaciones internacionales ideados en Europa a partir de 1860 absorbe también a China. Un caso similar, aunque menos conocido, es el del barcelonés Sinibald de Mas, que en 1868 es contratado por el Gobierno chino como experto que debía actuar de mediador con el Gobierno de Portugal para negociar el retorno de Macao a la soberanía efectiva de China. Aunque Mas murió aquel mismo año y no pudo llevar a cabo su misión, es muy significativo que el Gobierno chino decidiera iniciar un tipo de negociaciones que habrían sido impensables unas décadas antes. Ya a finales de la década de 1860, China había quedado asumida en un sistema de relaciones internacionales diseñado e impuesto por y para las potencias imperiales de Occidente.

1.2. Los desafíos internos

Los países occidentales, a pesar de lo que pueda parecer y sugieran algunos manuales, protagonizan sólo una parte de los grandes acontecimientos de la historia china del siglo XIX. Desde inicios de siglo, China está sometida a una crisis interna –como Lord Macartney había percibido– que se radicaliza a medida que pasan las décadas, en parte consecuencia y en parte causa de las acciones de los países occidentales. Desde finales del siglo XVIII se sucede un gran número de rebeliones, insurrecciones y otros problemas sociales que afectan a todo el imperio. A mediados del siglo XIX, la situación habrá empeorado hasta el punto que estallará toda una serie de grandes rebeliones de efectos devastadores para el Imperio chino. Entre 1850 y 1873, cuatro rebeliones poderosísimas llevarán a la dinastía a sus momentos más agónicos de todo el siglo, hasta límites a los que ni siquiera las Guerras del Opio se habían acercado. De entre ellas, la rebelión de los Taiping (1850-1864), una auténtica guerra civil, es la más significativa y de dimensiones más extraordinarias.

A lo largo del siglo XVIII, China había vivido un periodo de relativa prosperidad social. Sin embargo, a finales de esa centuria se comienzan a percibir señales de inestabilidad que van en aumento. Las causas de ello son complejas; entre otras, tradicionalmente se ha apuntado a la gran cantidad de territorio que había que administrar y la enorme masa de población que convivía dentro de

este territorio. Como dato relevante, según los censos, en 1741 vivían en China 143 millones de personas, mientras que sesenta años más tarde la cifra se había doblado (302 millones en 1800, y 430 millones en 1850). La producción agrícola, en cambio, no experimentó un crecimiento tan extraordinario, a pesar de la incorporación y difusión de nuevos cultivos (originarios de América).

A mediados del siglo XVIII, algunas regiones de China habían experimentado grandes crecimientos de la población. Pero la presión demográfica no se equilibraba con un crecimiento igual de los recursos disponibles (especialmente de los rendimientos de la tierra) y esto conducía inevitablemente a un empobrecimiento de la población. Tal y como ha demostrado recientemente el historiador Kenneth Pomeranz, algunas regiones de Europa también se encontraban en una situación similar.

Sin embargo, China no gozó de las oportunidades que tuvo Europa para llevar a cabo un cambio radical en su sistema productivo y superar esos límites: en China, no existían los depósitos energéticos con que Inglaterra pudo contar para desarrollar su revolución industrial, y aún menos dispuso con una periferia equivalente a las colonias que los grandes imperios europeos usaron como destino de sus excedentes de población.

Dicho de otro modo, la estabilidad económica y política del imperio Qing alimentó un crecimiento demográfico tremendamente rápido, que culminó en desajustes económicos y sociales muy importantes. Este crecimiento de la población fue destruyendo, paulatinamente, la prosperidad y la paz que había caracterizado hasta el siglo XVIII el Gobierno de los grandes emperadores manchúes. Cada vez con mayor frecuencia, se produjeron levantamientos de muy distinto origen en todas las provincias del imperio. Algunos estaban organizados por sociedades secretas; otros eran la respuesta a los abusos de los recaudadores de impuestos, y muchos fueron de hecho consecuencia de grandes calamidades naturales, como las inundaciones y las sequías, agravadas de manera indirecta por las políticas de desforestación, de conquista de nuevos territorios para el cultivo y de uso intensivo de la tierra.

De entre las sectas con una fuerte raigambre popular, destaca la que protagonizó la rebelión del Loto Blanco (*Bailianhui*), entre 1796 y 1804, cuya supresión exigió un enorme esfuerzo financiero (alimentado además por la corrupción generalizada en las altas esferas de la jerarquía administrativa) que minó seriamente las arcas imperiales. Otra secta, la de los Ocho Trigramas, encabezó en 1813 un levantamiento que llegó al Palacio Imperial y penetró en él, con la connivencia de gran parte de los eunucos de la corte, aunque fracasó al encontrarse el emperador fuera de la capital. Un problema, sobre todo en el sureste, vinculado a las mismas problemáticas pero de naturaleza muy distinta, lo constituía la piratería, tanto marítima como fluvial, que con frecuencia establecía alianzas con organizaciones secretas de gran implantación regional y contribuía a este clima de rebelión. Muchas de estas sociedades provenían de la guerra que trajo el cambio dinástico de la dinastía Ming a la Qing: mu-

chos chinos de etnia *han* se sentían identificados con los Míng y consideraban que los manchús eran conquistadores venidos de las tierras bárbaras norteñas. Una parte importante del nacionalismo moderno posterior se edificará sobre las bases de este entramado de sociedades secretas que tenían presencia sobre todo en las provincias del sur de China.

Los disturbios eran también protagonizados por las poblaciones minoritarias que, en los siglos anteriores, los manchús habían conquistado. A inicios del XIX se produjo una gran agitación en el Tíbet (1807, durante el nombramiento de un nuevo Dalai Lama), al tiempo que en Xinjiang se inició una guerra contra el dominio Qing. A partir de entonces, a lo largo de todo el siglo XIX se produjo un sinnúmero de otras pequeñas revueltas con un componente étnico o religioso muy marcado.

Todo ello fue produciendo en la clase educada china, que al fin y al cabo era la que gobernaba el país junto con la elite militar manchú, un sentimiento de decadencia, una especie de mirada pesimista que difícilmente podía estimular medidas dinámicas o esfuerzos renovadores que pudieran ayudar a dar la vuelta a esta situación. La corrupción se había extendido por todo el imperio entre los funcionarios de todos los rangos, y su rapacidad a la hora de cobrar los impuestos era uno de los principales incentivos para la sedición. La supresión de las rebeliones y el mantenimiento del orden provocaban el agotamiento de los fondos económicos y la energía del Gobierno, de forma que el esfuerzo y el dinero que había que invertir en obras e infraestructuras públicas se agotaban antes de que se pudieran emplear, y eso contribuía, como un pez que se mordía la cola, a que las condiciones de vida de la inmensa mayoría de chinos fueran todavía peores.

Un ejemplo muy claro de este deterioro lo ofrece el Gran Canal, la principal arteria comercial que conectaba la parte central de China (el río Yangzi, navegable desde Shanghai hasta Chongqing) con el norte, con Tianjin y Beijing. El canal comunicaba las principales regiones excedentarias de grano y textil (la cuenca del Yangzi y el delta) con la capital política del Imperio y las regiones norteñas, deficitarias en producción de alimentos. A consecuencia de la desidia administrativa a la hora de reparar y evitar los sedimentos en el Gran Canal y el desbordamiento del río Huanghe en Shandong, el Gran Canal quedó impracticable hacia mediados del siglo XIX. Las regiones norteñas quedaron sometidas al comercio marítimo, que entonces estaba dominado por las flotas occidentales, y la capital dejó de tener el control sobre los bienes de primera necesidad. Una de las regiones más afectadas por la parálisis del Gran Canal y por el desbordamiento del río Huanghe fue la provincia de Shandong, una provincia que pasó de ser un "granero" del Imperio a ser un foco de pobreza y rebeliones armadas.

La incapacidad de los emperadores manchús durante el siglo XIX, comparada con sus antecesores, se manifiesta al comprobar que sus iniciativas, lejos de pretender dar la vuelta a esta situación de continua degradación, se contenta-

ban con impulsar propuestas que simplemente limitaran y moderaran la caída. Y las obras de los literatos reflejaban esta tendencia general a lamentarse por el declive dinástico y la degradación moral de los intelectuales y los oficiales en general. La mejor muestra es *Las flores del espejo* (*Jing hua yuan*), escrita entre 1820 y 1830 por Li Ruzhen, donde se muestra cómo la percepción de degradación social teñía el sentir de los literatos de la época. Esta novela presenta un mundo en el que se produce una subversión de los papeles sociales de cada uno de los sexos. En el capítulo llamado "El país de las mujeres", es el hombre quien recibe el trato de subyugación que la sociedad china tradicionalmente reservaba para la mujer: el hombre lleva pendientes en las orejas, se le envuelven los pies para que no puedan crecer y pasa horas arreglándose para satisfacer a sus señoras y para que éstas le escojan entre los varios "concubinos". Se trata, pues, de un mundo en el que los valores han sido tergiversados y la sociedad ha entrado en un proceso de degradación cuya consecuencia es la desintegración del sistema tradicional.

1.2.1. El Reino Celestial Taiping

Uno de los núcleos regionales más importantes dentro del clima de enrarecimiento social motivado por las insurrecciones, las acciones de sociedades secretas, los movimientos étnicos, la piratería, etc., era el sureste de China, precisamente la zona donde el contacto con Occidente era más patente. En esta región es donde los efectos de las guerras sino-europeas fueron mayores. La suspensión del comercio en Guangzhou antes y durante la Primera Guerra del Opio acabó con el trabajo de muchos porteadores, propietarios de barcas fluviales y de otros intermediarios que vivían de la entrega del té y la seda en Guangdong y de la distribución del opio inglés. Con el final de la guerra y la apertura de otros puertos, especialmente Shanghai, parte del volumen de estas transacciones se desvió hasta el norte, ruta que resultaba más barata y segura. No es, pues, una casualidad que esta área del sur fuera el campo de cultivo de la mayor de las rebeliones que tuvo lugar en China durante el siglo XIX, considerada también la última gran guerra premoderna, la rebelión de los Taiping. La derrota que los europeos habían infligido años antes a los manchúes en la Primera Guerra del Opio activó los sentimientos xenófobos y permitió que la provincia de Guangdong se convirtiera en un foco antimanchú: la debilidad de aquellos gobernantes extranjeros era vista como la principal causa de los problemas que debía afrontar China.

La rebelión de los Taiping es uno de los casos más extraños y, al mismo tiempo, complejos de la influencia intelectual que Occidente estaba teniendo en China. Y es, también, un caso paradigmático, ya que manifiesta de forma clarísima lo que fue casi una constante en todas las manifestaciones de la influencia europea que tuvieron lugar durante el siglo XIX: la transformación de elementos occidentales (en el caso de los Taiping, el cristianismo) en cuestiones sólo comprensibles dentro del marco histórico y cultural chino.

Bibliografía

Para ampliar sobre la rebelión de los Taiping, ved:

Jonathan Spence (1996). *God's Chinese Son. The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan*. Nueva York: Harper Collins.

Franz Michael (ed.) (1971). *The Taiping Rebellion. History and Documents* (vol. I). Seattle: University of Washington Press.

Yu-wen Jen [Youwen Jian] (1973). *The Taiping Revolutionary Movement*. New Haven: Yale University Press.

El que fue el fundador y gran líder espiritual del movimiento Taiping, Hong Xiuquan, nació a unos 50 kilómetros de Guangzhou, y en esta ciudad continuamente sometida a la influencia extranjera se presentó varias veces a la convocatoria de exámenes imperiales con el objetivo de convertirse en un funcionario del Estado chino. Falló repetidamente, y la presión que ello suponía le provocó tamaña confusión mental que le llevó a sufrir episodios alucinatorios. En ellos vio cómo él tenía un padre celestial y un hermano mayor también en el cielo, que le encargaron la misión de eliminar a los demonios del mundo. Un tiempo después, cuando hubo leído unos opúsculos que unos misioneros protestantes de Hong Kong habían escrito y distribuido entre los candidatos que se presentaban a examen, Hong Xiuquan reinterpretó sus visiones en clave cristiana. El padre del cielo que había visto era Dios padre, y su hermano no era otro que Jesucristo. Así, el mismo Hong era el hermano pequeño de Jesucristo y, como él, había sido enviado al mundo para acabar con el mal. El mal, los demonios, en este caso eran los manchúes, los gobernantes Qing. Por lo tanto, el objetivo de Hong y sus seguidores era acabar con los manchúes para instaurar una nueva dinastía, la dinastía del Reino Celestial Taiping. Así lo describía el *Diario Celestial Taiping (Taiping tianri)* publicado en 1862, uno de los textos canónicos de los Taiping:

"Cuando el soberano [Hong Xiuquan] contaba con treinta cinco años [1837], en el primer día de la tercera luna, a media noche, vio innumerables ángeles que descendían del cielo y que le comunicaban que habían llegado para llevárselo al cielo. [...] Ayudado por los ángeles, el Soberano verdadero se sentó en un palanquín; así partieron hacia el largo camino del este y ascendieron hasta lo alto. Cuando llegaron a la puerta del cielo, un número incalculable de vírgenes bellísimas se aproximó para recibirlo, pero el Soberano ni siquiera las miró. La radiante luz allí presente era cegadora. Era absolutamente diferente al mundo polvoriento. Vio innumerables personas que vestían sombreros en forma de dragones, y todos ellos dieron la bienvenida al soberano. [...] La Madre Celestial lo recibió y le dijo: 'Hijo mío, tú bajaste al mundo y tu cuerpo está ahora sucio. Espérate hasta que tu madre te haya bañado en el río, después podrás ir a ver a tu Padre'.

Cuando el cuerpo del Soberano estuvo limpio, la Madre Celestial lo llevó hasta la audiencia. El Padre Celestial, Señor Supremo y Gran Dios llevaba un sombrero de gran elegancia. Su cuerpo estaba cubierto con ropa negra de dragón. En torno a su boca se extendían doradas barbas, que caían hasta cubrirle el estómago. Su gesto era heroico, y su figura altísima. Su apariencia, sentado allí, era todavía más digna y temible. [...]

El Padre Celestial, Señor Supremo y Gran Dios le dijo enojado: '¿has llegado? Escucha lo que te diré. ¿No es increíble hasta qué punto la gente del mundo ha corrompido su corazón originario? ¿A qué hombre de la tierra no he dado yo nacimiento y educación? ¿Quién es que no come mi comida, y no viste mis ropas? ¿Quién que no disfruta de mi dicha? Todas las cosas del mundo fueron hechas por mí, y todos los alimentos y los vestidos fueron mi regalo'. [...] El Soberano estaba realmente indignado, y preguntó al Padre Celestial: 'Padre, si son realmente tan malvados, ¿por qué no los exterminas?' [...] El Padre Celestial dijo: 'Dejémoslos continuar un poco más por este camino de maldad. Después ya me encargaré de ellos. ¡No pienses que podrán escapar de mí!' [...].

El Padre Celestial cargó contra Confucio, diciéndole: '¿Por qué enseñas a la gente a seguir con sus asuntos de una manera tan confusa, de modo que ni siquiera me conocen y, en cambio, tu reputación es mayor que la mía?'. Al principio, Confucio argumentaba obstinadamente, pero al final quedó silencioso sin nada que decir. El Hermano Mayor Celestial, Cristo, también acusó a Confucio, diciéndole: 'Tú creaste libros de este tipo para enseñar a la gente; ¿te crees capacitado para escribir libros?'. Confucio, al ver que a todo el mundo en el cielo lo declaraba culpable, escapó secretamente con la intención de unirse al cabecilla de los demonios. El Padre Celestial ordenó al Soberano que fuera a perseguir a Confucio con los ángeles para llevarlo, atado y amordazado, ante Él. El Padre, con gran rabia, ordenó a los ángeles que lo azotaran. Confucio, arrodillado delante del Hermano Mayor Celestial, Cristo, imploraba sin cesar. Recibió no pocos golpes de látigo, y sus súplicas no cesaban. El Padre Celestial, considerando que sus méritos compensaban

sus deficiencias, aceptó a que participara de la bondadosa fortuna del cielo, pero nunca se le debía permitir bajar al mundo.

En este punto, el Padre Celestial, Señor Supremo y Gran Dios ordenó al Soberano que fuera a batallar con los demonios y los venciera, y le concedió un sello dorado y una espada y dispuso que fuera con los ángeles a exterminarlos. [...] Mientras el Soberano luchaba, la Madre Celestial y todas las hermanas pequeñas lo ayudaban de manera que no hubo batalla que no ganara. Victorioso, regresó al cielo más elevado.

El Padre Celestial también ordenó al Soberano: Cuando tú vuelvas al mundo pasarán algunos años hasta que no despiertes. Pero no tengas ningún miedo. Más adelante, recibirás un libro que te explicará todas estas cosas. Cuando las comprendas con claridad, siempre que actúes de acuerdo con este libro no errarás. Ahora bien, cuando así actúes, los hombres del mundo te calumniarán, te regañarán con burlas y te despreciarán. [...]

El Soberano ascendió al cielo el primer día de la tercera luna, y estuvo durante cuarenta días, o más, antes de que fuera nuevamente enviado al mundo."

Franz Michael (ed.) (1971). *The Taiping Rebellion. History and Documents* (vol. II, pág. 18-19). Seattle: University of Washington Press.

Este texto es una muestra de algunas de las características del pensamiento Taiping. La imaginería tradicional china se amalgama íntimamente con las influencias cristianas, para crear un conjunto abigarrado y original que no tuvo parangón en ningún otro movimiento de la historia de China. Destaca poderosamente en este pasaje la figura de Confucio: el gran maestro de la cultura china es castigado y humillado, en una muestra del carácter iconoclasta del ideario Taiping.

Para entender la importancia de esta rebelión, sólo son necesarios algunos datos. Según las distintas fuentes, el número de muertos derivados de las confrontaciones fue de entre 25 y 40 millones. Se prolongó durante catorce años, hasta 1864, en un momento en que China, económica y socialmente, pasaba por momentos extraordinariamente delicados. Una parte importante de las provincias del centro del país, de gran productividad agrícola y dinamismo comercial, pasaron a estar bajo el dominio de los rebeldes, lo que privó al Estado Qing de importantes recursos fiscales durante años. No en vano, lo que la historiografía occidental denomina rebelión es conocido de manera canónica por los historiadores chinos significativamente como *Reino Celestial Taiping* (*Taiping tianguo*). De hecho, la continuidad del Gobierno manchú llegó a estar en serio peligro. Los Taiping lanzaron una ofensiva que amenazó la propia capital imperial. Las tropas Taiping se contaban en centenares de millares, el capital acumulado en su tesoro llegó a ser superior al del propio Gobierno, y sólo la falta de planificación y de unión evitó que pudieran derrotar a la dinastía reinante.

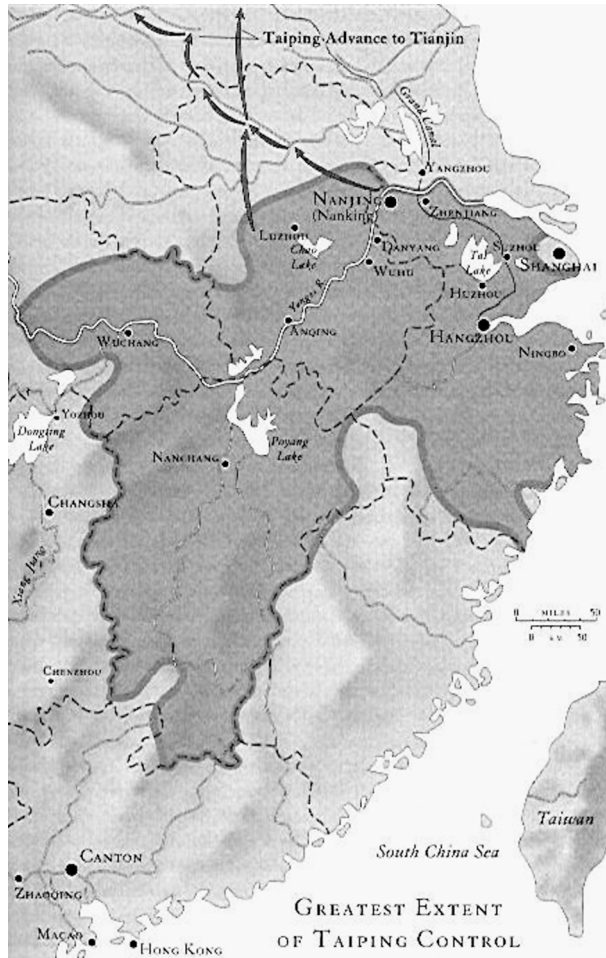
Después de los repetidos fracasos en los exámenes, Hong Xiuquan inició una vida de predicación que le llevó de la provincia de Guangdong a la Guangxi. Allí se rodeó de seguidores de muy distinta índole pero que compartían la misma situación de miseria provocada por las circunstancias de la época: mineros, piratas, campesinos sin tierras, barqueros, carboneros, miembros de grupos minoritarios, etc. La ideología Taiping era una mezcla genuinamente china de cristianismo, budismo milenarista y otras influencias clásicas chinas, que la convirtieron en una secta sólo comprensible dentro del mundo chino.

A pesar de ello, los Taiping quedaron rápidamente asociados a la religión de los occidentales, con consecuencias previsibles: el cristianismo pasó a ser más que nunca considerado una influencia peligrosa, acicate de levantamientos y rebeliones. Ni el pueblo ni los propios gobernantes podían tener una visión positiva de los misioneros cristianos que, a partir de los años 1860, poblarían el imperio. La lectura de las traducciones protestantes de la Biblia fue parte central del ideario Taiping, y el término que empleaban sus seguidores para su divinidad, en nombre de la cual habían cometido auténticas atrocidades, era el mismo que esos misioneros mencionaban en sus prédicas.

A finales de 1850, Hong Xiuquan y sus seguidores comenzaron a enfrentarse a las autoridades locales de la provincia de Guangxi, destruyeron templos tradicionales, en una muestra de la iconoclasia que caracterizaría el movimiento. Hong, como hijo de Dios que afirmaba ser, fue proclamado Rey Celestial (*Tianwang*) y gran líder de los Taiping. Poco después aparecieron otros reyes, algunos de los cuales eran capaces de sumirse en un estado de trance durante el cual, según afirmaban, eran poseídos por Jesucristo o el Espíritu Santo para comunicarse directamente con los seguidores Taiping. La creación de un tesoro común y el repartimiento equitativo de los bienes atrajo a miles de nuevos seguidores a medida que el movimiento avanzaba hacia el noreste, vencía a los ejércitos Qing y conquistaba ciudades cada vez más importantes, hasta que llegaron al río Yangzi y a la ciudad de Nanjing, antigua capital imperial. En 1853, consiguieron conquistarla y la convirtieron en su Capital Celestial (Tianjing) hasta el final de la rebelión, una década más tarde.

Los primeros años de los Taiping en Nanjing marcaron el momento álgido del movimiento. Los Taiping acuñaron su propia moneda, promulgaron leyes o instauraron un sistema de contribución fiscal; edificaron capillas, fundaron imprentas y publicaron textos marcados por su contenido ideológico, entre ellos la Biblia comentada y corregida por el propio Hong Xiuquan. Ésta se convirtió en uno de los textos canónicos que se incluyeron como materia para las convocatorias de exámenes que los Taiping celebraron. La población quedó dividida por sexos siguiendo principios morales marcadamente puritanos que, a pesar de todo, preveían una participación de la mujer en la vida social mucho más activa de lo que era habitual en China: además de abolirse el vendado de los pies, la mujer formaba parte integral del sistema productivo Taiping, e incluso se crearon ejércitos integrados y comandados por mujeres.

La máxima expansión territorial del Reino Celestial Taiping



Fuente: Jonathan Spence (1996). *God's Chinese Son. The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan*. Nova York: Harper Collins.

Entre las medidas más destacadas, figura una ley equitativa de reforma de la tierra:

"La distribución de la tierra se efectúa según el tamaño de la familia, sin consideración de sexos y teniendo únicamente en cuenta el número de personas; cuanto mayor sea dicho número, más tierra recibirán, y viceversa. Las tierras a repartir se dividen en nueve categorías. En una familia de seis personas, tres recibirán tierra buena y tres recibirán tierra mala: es decir, la mitad buena y la mitad mala. Todas las tierras que se hallan bajo el Cielo serán cultivadas conjuntamente por los hombres bajo el Cielo. [...] Si hubiera miseria en una zona, llevad allí los excedentes de otra región donde reine la abundancia, con el fin de alimentar a los hambrientos. De este modo, los hombres que se hallan bajo el Cielo gozarán todos de la gran felicidad concedida por el Padre Celestial, Señor Supremo y Dios Augusto. La tierra se repartirá entre todos, el arroz será consumido por todos, los vestidos serán llevados por todos, el dinero será gastado por todos. No habrá desigualdad, y nadie quedará sin alimentos ni protección contra el frío."

Jacques Chesneau; Marianne Bastid (1972). *Historia de China. De las guerras del opio a la guerra franco-china: 1840-1885* (pág 140-141). Barcelona: Vicens-Vives.

Medidas como la abolición de la propiedad privada, o la creación de un tesoro público y de graneros comunales que debían asegurar la prosperidad de toda la población, supusieron un aparente logro administrativo inicial que proyectó una imagen de eficacia sobre los rebeldes, a pesar de que la realidad era muy distinta y que las instituciones Taiping nunca pasaron de ser rudimentarias. Así lo percibieron los cónsules de las principales potencias occidentales que, desde

la cercana Shanghai, tenían noticias directas de lo que sucedía en el interior de la región. A finales de 1853 y principios de 1854, barcos con los representantes de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña remontaron el Yangzi hasta Nanjing y se entrevistaron con las autoridades Taiping.

La debilidad del Imperio Manchú y la pujanza del movimiento Taiping, en aquel momento, les llevó a plantearse la conveniencia de negociar tratados con los Taiping e incluso de establecer una alianza con aquellos rebeldes que, aparentemente, profesaban las verdades del cristianismo para acabar con el Gobierno manchú. Al fin, las consideraciones prácticas frustraron esa alianza imposible: las concesiones que el Estado Qing había otorgado a los países extranjeros –alertados además por las extravagancias doctrinales de Hong Xiuquan– los ponía en una situación demasiado ventajosa como para alterar de manera precipitada el *statu quo*. Los Taiping además habían prohibido el consumo y comercio de opio en sus tierras –junto con el alcohol y el tabaco, o prácticas como la prostitución y las apuestas–, de modo que las grandes potencias inicialmente decidieron no intervenir en el conflicto.

No obstante, después de la Segunda Guerra del Opio y las nuevas concesiones que refrendó el Tratado de Tianjin (1860), las potencias euroamericanas decidieron tomar partida en favor del Gobierno de Beijing, al que ayudaron indirectamente, tomando incluso parte en la aniquilación final de la rebelión con la intervención de ejércitos formados por soldados chinos bajo la instrucción y el mando de oficiales occidentales.

El final de la rebelión tuvo poco que ver, sin embargo, con la actuación de las grandes potencias: fue el resultado de la decadencia propia del movimiento Taiping –en 1857 se había producido una matanza entre facciones en Nanjing que había debilitado la fuerte cohesión ideológica que lo había articulado inicialmente– y de la aparición de ejércitos de base local comandados por grandes funcionarios chinos de algunas provincias que se habían organizado con independencia del Gobierno central Qing, aunque eran totalmente fieles a éste. Estas fuerzas locales –comandadas por tres figuras que marcarán el desarrollo político de China durante las siguientes décadas, Zeng Guofan (1811-1872), Li Hongzhang (1823-1901) y Zuo Zongtang (1812-1885)– marcan el inicio de una fuerza de descentralización del poder que, décadas después, acabaría siendo un factor decisivo para el futuro del imperio y de la consiguiente República de China.

Estas figuras, que no provenían de la aristocracia militar manchú, sino que eran de etnia *han*, fueron los principales protagonistas del llamado movimiento por el autofortalecimiento. En parte consecuencia de las necesidades bélicas, Zeng Guofan y Li Hongzhang se dieron cuenta de que la tecnología occidental podía ser muy útil para sofocar las rebeliones como la de los Taiping. Así pues, cuando los rebeldes se encontraban a las puertas de la ciudad de Shanghai, Li Hongzhang y Zeng Guofan compraron armamento y reclutaron a mercenarios occidentales que sabían utilizar las armas modernas, que eran la

base de la superioridad occidental. Viendo la efectividad de estas armas, Zeng Guofan y Li Hongzhang pidieron permiso al emperador para construir fábricas siguiendo los métodos de ingeniería moderna que venían de Occidente. Entre las décadas de 1860 y 1870 se construyeron las primeras fábricas en China, muy vinculadas a las necesidades del ejército. Este primer impulso industrializador fue el resultado de la voluntad reformista de Li y Zeng (que tuvieron un protagonismo muy marcado en la segunda mitad del siglo XIX) y del aperturismo del emperador Tongzhi, que gobernó entre 1861 y 1875.

En contraste con las premisas cristianas y revolucionarias de los Taiping, los generales reformistas y el movimiento del autofortalecimiento pregonaban los valores confucianos. Zeng Guofan y Le Hongzhang habían seguido los canales tradicionales para acceder a la Administración, y habían superado los exámenes imperiales de rango más elevado. Por lo tanto, y a pesar de abrazar la tecnología occidental, los generales se proclamaban claramente seguidores de la tradición imperial y cultural china y justificaban su postura con la frase *zhong-ti xiyong* (literalmente, "el conocimiento chino es esencial, el conocimiento occidental es funcional"); es decir, los conocimientos occidentales sirven para aquello útil (la tecnología y la industria) mientras que la cultura y las tradiciones chinas permiten mantener la esencia y la cohesión. Esta ideología tendrá grandes repercusiones en la historia de China; cien años más tarde se invocará este mismo principio con ocasión de las reformas de Deng Xiaoping y las cuatro modernizaciones.

Cuando, finalmente, en 1864 los ejércitos imperiales consiguieron derrotar la resistencia Taiping en Nanjing, el movimiento fue totalmente aniquilado. Sus obras desaparecieron, y apenas algunos de sus seguidores sobrevivieron integrándose en otros movimientos rebeldes de la época. De su doctrina pseudocristina o de las medidas igualitarias que propusieron no quedó el más mínimo indicio. Sin embargo, los efectos de la rebelión fueron devastadores y se hicieron sentir en las regiones centrales de China durante décadas, teniéndolos que sumar además a los de las otras grandes rebeliones que en su conjunto asolaron extensiones enormes del territorio chino. Sin olvidar que, junto a los efectos inmediatos de la guerra, la rebelión de los Taiping tuvo otras consecuencias importantes. Representó una rémora extraordinaria para el Estado chino, que tuvo que dedicar grandes esfuerzos a combatirla. Eso sin duda tuvo efectos directos sobre la manera en que el Gobierno chino respondió a los desafíos llegados desde Occidente, que fueron considerados secundarios en esas circunstancias. Igualmente, en el ámbito financiero y militar frenó los intentos de modernización que acabada la rebelión se intentaron emprender: la ruina económica explica el fracaso que se atribuye a muchos de estos proyectos. Además, la rebelión de los Taiping quedó ligada para siempre a la influencia extranjera por su vinculación con el cristianismo, hecho que contribuyó a la suspicacia existente por los extranjeros.

Bibliografía

Kuo, Ting-ye; Liu, Kwang-ching (1978). "Self-strengthening: the pursuit of western technology". En: John King Fairbank (ed.). *The Cambridge History of China* (pág. 491-525, vol. 10, parte 1: "Late Ch'ing, 1800-1911"). Cambridge: Cambridge University Press.

1.2.2. Otras grandes rebeliones del siglo XIX

De manera casi contemporánea a los Taiping, en regiones más norteñas, entre 1853 y 1868 se desplegó la rebelión de los Nian, formada por bandidos, contrabandistas y desclasados afectados gravemente por las inundaciones acaecidas a partir de 1851 en la cuenca baja del río Amarillo y la parte norte del Gran Canal. Carecía del impulso ideológico de los Taiping, y se trataba de un movimiento articulado sólo a partir de la lucha contra el Gobierno manchú y el bandidaje, sin una organización elaborada ni un liderazgo tan firme, a pesar de que sus máximos dirigentes también fueron nombrados reyes e incluso recibieron títulos honoríficos de los Taiping. La relación entre los Nian y estos últimos fue de hecho más nominal que real: nunca establecieron una alianza de acción conjunta, ya que desde la perspectiva de los dirigentes Taiping, los Nian no eran más que unos bandidos sin ningún compromiso doctrinal. Pero, a pesar de su menor estructuración, la rebelión representó un problema mayúsculo para el Estado Qing, ya que lo privó de importantes recursos fiscales y lo debilitó militarmente. Su derrota definitiva en 1868 sólo llegó después del final de la rebelión de los Taiping y el protagonismo nuevamente de los ejércitos de base local de Zeng Guofan y, especialmente, Zuo Zongtang y Li Hongzhang, que ya habían acabado con los Taiping.

En el sudoeste, en la provincia de Yunnan, estalló en 1856 una rebelión de carácter étnico protagonizada por los musulmanes y miembros de algunas minorías que se sentían maltratadas por las medidas discriminatorias y la política fiscal Qing en la región. Las insurrecciones y los enfrentamientos de los musulmanes de Yunnan con la población de origen han o las tropas manchús se habían reproducido repetidamente desde inicio de siglo, hasta que a mediados de la década de 1850 la situación se recrudeció hasta impulsar a la inmensa mayoría de musulmanes de la provincia a unirse en su lucha contra los abusos a que estaban sometidos. Bajo el liderazgo de Du Wenxiu, se estableció el Reino del Sur Pacífico (*Pingnan guo*), también conocido como Sultanato de Dali, un pequeño Estado multiétnico que se hizo con el control de toda la región occidental de Yunnan, hasta que en 1873 las tropas imperiales acabaron de manera definitiva con la rebelión. Pero los disturbios protagonizados por los musulmanes no habían acabado. En 1862 los musulmanes de Shaanxi, Ningxia y, sobre todo, Gansu, se habían alzado aprovechando la intensidad de la lucha contra los Taiping y los Nian que mantenía ocupadas a las tropas imperiales. Durante más de una década la región estuvo fuera del control Qing, y sólo en 1873 las tropas de Zuo Zongtang, que asumió el máximo protagonismo en la lucha contra las rebeliones musulmanas, consiguieron acabar con los rebeldes. No obstante, una nueva rebelión había estallado en 1864 en la región de los oasis de Xinjiang, donde los musulmanes uigures, con conexiones directas con las comunidades de Asia central, mantuvieron una cruenta guerra contra las tropas imperiales hasta que los rebeldes fueron finalmente

Bibliografía

Sobre las otras grandes rebeliones acaecidas en China a mediados del siglo XIX, ved:

Albert Feuerwerker (1975). *Rebellion in Nineteenth-century China*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Jonathan Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 184-195). Nueva York: Norton.

aniquilados en 1877. De esta manera, se acababa con el fantasma de la rebelión en China, tras casi tres décadas de dura lucha y decenas de millones de muertos en las guerras.

Las consecuencias sociales, económicas y políticas para China fueron devastadoras. Algunas de las regiones más productivas del Imperio Qing habían quedado arrasadas. Los Taiping y los Nian, junto con otras rebeliones menores, algunas de ellas de carácter étnico, que se produjeron de manera simultánea en las provincias del sur, dejaron tras de sí un escenario de desolación. La recuperación agrícola se convirtió en una de las prioridades del Estado, lo cual sin duda contribuyó a la falta de resultados de algunos de los proyectos de modernización llevados a cabo a partir de mediados de la década de 1860, proyectos que de hecho eran más una respuesta a la problemática planteada por las rebeliones que a las agresiones occidentales. Las finanzas estatales quedaron erosionadas por la falta de contribución fiscal de las regiones afectadas y los altos costes militares de la lucha, lo cual minó sus posibilidades de inversión en infraestructuras. Los relatos de la época dejan claro que millones de chinos seguían sufriendo las consecuencias aún muchos años después de que las regiones en las que vivían hubiesen quedado libres de rebeldes. Las escenas de desesperación extrema se convirtieron en protagonistas ineludibles de los testimonios de los extranjeros que visitaron las regiones del interior, lo que ratificaba su visión de un imperio estancado y al borde del colapso, como muestra el siguiente relato de las consecuencias de las hambrunas acacidas en la provincia de Shaanxi durante el invierno de 1878:

"1 de febrero. 450 *li* al Sur. Vi en media jornada seis cadáveres, cuatro de los cuales eran mujeres, uno en una barraca abierta, completamente desnudo, salvo un cordel alrededor de la cintura; otro en el río, otro saliendo a medias del río helado, a merced de los perros salvajes, y otro medio vestido de harapos; en una gruta al borde de la carretera, otro medio devorado aun por las aves y las bestias rapaces. Encontré a dos jóvenes de unos dieciocho años, apoyándose en bastones y vacilando como ancianos. Encontré también a otro adolescente, que arrastraba sobre sus hombros a su madre desfallecida. Al ver que los miraba intensamente, el joven imploró mi ayuda. Es la primera persona que me pide que le asista desde que dejé Taiyuanfu. Vi a unos hombres que aplastaban piedras blandas [...] para hacer un polvo que vendían al precio de dos o tres sapecas por libra y que estaba mezclado con grasas, hierbas o raíces, para hacer galletas. Probé uno de esos pasteles. Tenía el gusto de uno de sus principales componentes: arcilla. Muchos fueron los que murieron de estreñimiento por haberlos comido [...].

2 de febrero. 530 *li* al Sur. El espectáculo más espantoso que jamás haya visto me esperaba en la ciudad siguiente. Era temprano por la mañana cuando me acercaba a las puertas de la ciudad. A un lado de la puerta, cadáveres de hombres desnudos amontonados unos sobre otros como cerdos en el matadero. Al otro lado, un montón parecido de cadáveres de mujeres. Les habían quitado la ropa para empeñarla [...]. En una extensión de varias millas, en este distrito, los árboles estaban completamente blancos, con la corteza arrancada hasta diez o veinte pies de altura para ser utilizada como alimento. Pasamos delante de muchas casas cuyas puertas y ventanas habían sido arrancadas y vendidas como leña para el fuego."

Jacques Chesneau; Marianne Bastid (1972). *Historia de China. De las guerras del opio a la guerra franco-china: 1840-1885* (pág 196-197). Barcelona: Vicens-Vives.

No sólo los occidentales testimonian la miseria. Algunos grabados chinos de la época reproducen estas mismas escenas en imágenes: la falta de alimento obliga a los famélicos campesinos a ingerir tierra o la corteza de los árboles, si es

que no optan directamente por el suicidio. China estaba sumida en una crisis global y definitiva que significaría no sólo el fin de la dinastía, sino también el del sistema imperial en sí.

2. El final del imperio Qing

2.1. La crisis final

Teniendo en cuenta el efecto devastador de las rebeliones durante un lapso tan extenso de tiempo, no son difíciles de comprender las dificultades que encontró el Estado Qing para enfrentarse al proceso de penetración de las potencias occidentales en sus esferas económica, comercial y política. China tiene que luchar por la reconstrucción interna del país, la recuperación social y económica de sus territorios, al mismo tiempo que sufre de manera constante las acciones de las potencias imperiales: aunque las Convenciones de Beijing ponen freno a las acciones armadas durante más de dos décadas, a mediados de los años 1880 estallará un nuevo conflicto entre Francia y China (en una pugna para conseguir que Vietnam quede bajo su influencia), y en 1895 se producirá la derrota de China contra Japón y la firma del Tratado de Shimonoseki (1895). Éste representa el momento de máxima crisis nacional: además de la dureza de las disposiciones del tratado –que obligaban a China a pagar indemnizaciones extraordinarias a Japón, permitían la implantación de fábricas japonesas en territorio chino, libraban sus productos del pago de impuestos internos, cedían Corea a su influencia y la isla de Taiwán a su control soberano–, la derrota y la firma de un tratado con Japón representaron una humillación que hizo despertar, entre los intelectuales y las elites, un sentimiento de orgullo que se puede entender como el nacimiento propiamente dicho del nacionalismo chino. China había sido derrotada no sólo por un poder extranjero, sino por su enemigo ancestral, tradicionalmente considerado inferior.

En el origen del conflicto sino-japonés se encuentra el interés de ambos países por extender su influencia sobre la Península coreana, tradicionalmente bajo influjo chino. Japón no sólo había conseguido frenar el avance de los países occidentales en su territorio, sino que en las casi tres décadas desde el inicio de la Restauración Meiji (1868) había alcanzado un nivel de industrialización y de modernización institucional tal que comenzaba a albergar la pretensión de competir mano a mano con esas potencias imperiales. En ese escenario, Corea emergía como un territorio plagado de recursos naturales que podía alimentar las necesidades de materias primas de una nación en crecimiento como Japón. Cuando, en 1894, el emperador coreano Gojong solicitó la ayuda militar de China para sofocar la rebelión de Donghak y las tropas chinas llegaron a la península, los dirigentes japoneses, escudándose en interpretaciones de algunos tratados firmados con Corea, aprovecharon la ocasión para intervenir, deponer al emperador e instaurar un gobierno de su conveniencia. Este fue el origen de un conflicto que culminó en la batalla de Yalu, en la frontera entre China y Corea, en la que una flota japonesa teóricamente inferior se enfrentó a la más moderna de las escuadras navales chinas, máximo exponente de los

La desintegración de la dinastía

Para ampliar sobre la cuestión de la crisis final del imperio ved:

Douglas Robertson Reynolds (1993). *China, 1898-1912: The Xinzheng Revolution and Japan*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

P. Bailey (2002). *China en el siglo XX* (pág. 35-73). Barcelona: Ariel.

Jonathan Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 216-267). Nueva York: Norton.

James L. Hevia (2003). *English Lessons. The Pedagogy of Imperialism in XIX century China*. Durham: Duke University Press.

Cohen (1997). *History in Three Keys: The Boxers as Event, Experience and Myth*. Nueva York: Columbia University Press.

Luke S. K. Kwong (1984). *A Mosaic of Hundred Days: Personalities, Politics and Ideas of 1898*. Harvard: Harvard University Press.

proyectos de modernización militar de China. Sin embargo, la victoria japonesa fue clara. En los meses siguientes, las derrotas chinas en los distintos puertos de las penínsulas de Liaodong y Shandong y la invasión japonesa de las islas de Penghu (Pescadores), muy cercanas a Taiwán, obligaron al Gobierno chino a firmar el Tratado de Shimonoseki (1895).

Éste fue percibido por buena parte de los intelectuales chinos como una deshonra para un país enfermo y agonizante. Tras años de agresiones coloniales, China había llegado a un punto de no retorno, ante el cual sólo cabía la posibilidad de reaccionar con virulencia. No en vano, el Tratado de Shimonoseki, más allá de las draconianas obligaciones que impuso, es señalado como el inicio del pensamiento nacionalista moderno en China. Los jóvenes intelectuales respondieron visceralmente, y las movilizaciones contra las agresiones japonesas se repitieron durante las dos décadas siguientes. Al mismo tiempo, Shimonoseki representa el inicio del expansionismo japonés en Asia, convirtiéndose Taiwán, que se mantendría cincuenta años bajo la égida nipona, en su primera colonia.

La década de 1890 representa, de hecho, un punto de inflexión radical en el mundo chino. Los conocimientos que se tienen de Occidente –algunos intelectuales habían visitado diversos países de Europa y América, además de Japón– permiten que las ideas reformistas que, desde mediados del siglo XIX, habían aflorado en China tomen ahora cuerpo y vayan más allá de propuestas vinculadas con los sectores del ejército. La firma del Tratado de Shimonoseki agudiza las necesidades: evidenciaba que Japón había sido capaz de seguir modelos organizativos y de desarrollo propiamente occidentales con éxito. Liang Qichao, en este sentido, afirmó que la derrota había despertado a China "de una letargia de cuatro mil años" (Bailey, 2002, pág. 37).

Los pagos de Shimonoseki hipotecaron completamente al Estado Qing, que dependía de los créditos extranjeros para satisfacerlos. Las potencias euroamericanas aprovecharán la situación para reclamar nuevas concesiones territoriales, ferroviarias y mineras. Hasta entonces, el Estado Qing había intentado evitar que las potencias extranjeras construyeran fábricas e infraestructuras modernas como el ferrocarril porque consideraban que esto solo serviría para que extendieran su influencia a expensas de la soberanía Qing. Li Hongzhang y Zeng Guofan habían intentado monopolizar la modernización y liderarla según las necesidades del Estado.

La derrota contra Japón significó también el fracaso de estos primeros intentos modernizadores. Con el tratado de Shimonoseki, cualquier país tenía el derecho de explotar recursos naturales, construir infraestructuras y edificar fábricas en territorio chino. Además, la ciudad de Qingdao es cedida en 1897 a Alemania por 99 años; la provincia de Liaodong es arrendada a Rusia durante 25 años; en las mismas condiciones, Gran Bretaña recibe Weihaiwei (Shandong); y Francia obtiene el dominio de Guangzhouwan (Guangdong), en unas accio-

nes acordadas por las diferentes potencias entre ellas. Entre 1895 y 1898 parecía que China acabaría ocupada y dividida, y perdería toda la soberanía. Según el intelectual Liang Qichao, China estaba a un paso de ser "anihilada" (*mieguo*).

Pero si China no acabó anihilada, o dividida entre diferentes colonias, tal y como mucha gente preveía, fue en parte por un cambio estratégico de la política exterior norteamericana, que a finales del siglo XIX ya empezaba a ganar peso, sobre todo en el Pacífico. Después de la colonización de las tierras del Pacífico americano y del descubrimiento de importantes yacimientos de oro en California a mediados del siglo XIX, Estados Unidos consideraron estratégico el Pacífico y la ruta hacia China. Después de la guerra contra España, Estados Unidos ocuparon las Filipinas y se aseguraron así esta ruta, pero querían evitar una guerra entre potencias coloniales por el dominio del comercio con China. Así es cómo, después de los hechos de 1898 (con los intentos de Alemania, Japón, Rusia y Francia para obtener esferas de influencia en China), Estados Unidos desarrollaron la denominada política de las puertas abiertas. Con esta política se pretendía evitar que China fuera dividida en colonias separadas y potencialmente hostiles. En cambio, según la diplomacia norteamericana, la comunidad internacional tenía que asegurarse de que el comercio con China estuviera abierto a cualquier empresa de cualquier nación. Como resultado de esta política, las ansias de invadir más territorios se redujeron, al menos hasta que Japón aprovechó la coyuntura de la Primera Guerra Mundial.

Esta política favoreció que en las zonas abiertas al comercio internacional se formara una comunidad muy cosmopolita procedente de todo el mundo. El ejemplo más claro de esta comunidad fue la ciudad de Shanghai. Después de la guerra del opio, Shanghai quedó dividida entre una concesión inglesa, una concesión francesa y una concesión norteamericana. En 1863, las partes inglesa y norteamericana se fusionaron para crear la Concesión Internacional y se constituyó una Administración local gobernada por los comerciantes propietarios más ricos que pagaban impuestos, organizados y representados en el denominado Shanghai Municipal Council. A pesar de que los chinos estaban excluidos de la participación política, la concesión internacional se fue llenando de refugiados chinos que llegaron, sobre todo, después de la guerra civil contra los Taipings: en 1862 ya vivían 500.000 chinos en la concesión y el Shanghai Municipal Council invirtió para construir calles, proveer de alumbrado y transportes públicos, etc. Rápidamente, Shanghai se convirtió en una ciudad moderna, industrial y cosmopolita que asumió una identidad propia que no concordaba ni con los patrones de la China imperial ni con los nacionalismos estrechos de los imperios del siglo XIX. Una parte importante de intelectuales chinos, por ejemplo, se instalaron en Shanghai, puesto que dentro de las concesiones se encontraban fuera de la jurisdicción de la dinastía Qing y así podían evitar las persecuciones y, en muchos casos, la pena de muerte. Así pues, a finales del siglo XIX, Shanghai no se convirtió solo en la ciudad económicamente más importante de China, sino también en el centro cultural y político de donde saldrían las corrientes más innovadoras y vanguardistas.

Bibliografía

Marie-Claire Bergère (2002). *Histoire de Shanghai*. París: Fayard.

Robert Bickers (1998). "Shanghaiers. The formation and identity of the British settler in Shanghai, 1843-1937". *Past and present* (núm. 159, vol. 1, pág. 161-211).

Robert Bickers (2011). *The scramble for China: Foreign devils in the Qing empire, 1832-1914*. Londres: Allen Lane.

El contraste entre la modernización que se veía en Shanghai y el resto de China, sumida en condiciones de pobreza cada vez más evidentes, impulsó la reacción de algunos intelectuales, el más destacado de los cuales fue Kang Youwei (1858-1927). En 1898, tres años después de dirigir protestas estudiantiles por el desenlace y las repercusiones de la guerra sino-japonesa, encabezó diferentes memoriales al trono con importantes propuestas de modernización. Entre ellas, como admirador de las reformas introducidas en Japón desde la Restauración Meiji, planteaba abiertamente la creación de una Asamblea Nacional y una Oficina de Reforma Gubernamental. El joven emperador Guangxu recibió favorablemente las propuestas, iniciándose así el llamado movimiento reformista de los Cien Días (*Bairi weixin*, junio-septiembre de 1898). Se promulgaron decenas de edictos reformadores: se impulsó la creación de escuelas en un sistema de educación moderno que incluía, en el currículo, contenidos prácticos que nunca hasta entonces se habían exigido a los funcionarios imperiales; se previó el establecimiento de oficinas de comercio e industria que debían impulsar el desarrollo de las actividades productivas autóctonas para recuperar la iniciativa frente a las potencias extranjeras; se inició un proceso de simplificación del sistema burocrático, eliminando cargos sin contenido que gravaban el presupuesto del Estado sin aportar nada a la maquinaria administrativa; y se dispuso la creación de una asamblea deliberativa, acompañada de la introducción de reformistas en el Gran Consejo. El objetivo último era que China se convirtiera en una monarquía parlamentaria y constitucional a imitación de Japón o del poderoso imperio ruso. Algunos de los discípulos de Kang –entre ellos, Liang Qichao (1873-1929), una de las figuras más influyentes en el mundo político e intelectual a partir de entonces– asumieron cargos destacados para poner en práctica estas reformas.

No obstante, los reformadores eran una minoría en la corte, y el emperador tuvo que enfrentarse sin éxito a los partidarios de medidas reformistas más moderadas. Ciento cuatro días después del inicio de las reformas, Guangxu fue obligado a rectificar y a ceder el control del Gobierno a la viuda emperatriz Cixi (1835-1908), de cariz mucho más conservador. Los reformistas fueron perseguidos y algunos de ellos ejecutados, el emperador fue recluido en la Ciudad Prohibida hasta su muerte, diez años después, y el movimiento acabó de manera drástica. Kang Youwei y Liang Qichao se vieron obligados a huir a Japón, desde donde continuaron con sus planes –nunca materializados– de impulsar una monarquía constitucional para China.

Después de la muerte del emperador Xianfeng en el año 1861, Ci Xi, la llamada "emperatriz viuda" había tomado las riendas del poder imperial en Beijing. Los emperadores, la mayoría menores de edad, quedaban supeditados totalmente a los designios de esta mujer de carácter fuerte y difícil. Ci Xi estaba particularmente en contra de los intentos modernizadores y reformistas. La anécdota del barco de mármol no deja de ser explicativa de las fuerzas reaccionarias que mantenían el poder en la capital: cuando los generales leales anunciaron la necesidad de modernizar la flota militar, pidieron a la emperatriz que dispusiera de un presupuesto para la construcción de barcos. La emperatriz no

solamente no lo autorizó, sino que se hizo construir un barco de mármol en el palacio de verano a las afueras de Beijing. Así pues, una parte del presupuesto para la modernización quedó "petrificado" en un barco de mármol totalmente inservible.

El tono conservador de la emperatriz Cixi se volvió a poner de manifiesto cuando concedió el apoyo gubernamental al Movimiento de los Boxers (*Yihetuan*), surgido en la región de Shandong en 1898-1899. Se trataba de un grupo poco organizado y desestructurado que se articuló alrededor de figuras carismáticas y creencias religiosas que postulaban, entre otras ideas, su supuesta invulnerabilidad a las balas tras una serie de prácticas, rituales y posesiones espirituales. Su principal característica era su carácter manifiestamente anticristiano. En las dos últimas décadas del siglo XIX, las acciones de los misioneros en China habían dado muestras de agresividad, especialmente en las pugnas con los funcionarios chinos a la hora de poner en práctica algunas cláusulas polémicas de los tratados, lo que provocó fricciones entre los cristianos y no cristianos. En 1899, los misioneros cristianos consiguieron que en algunas religiones se les considerase oficialmente del mismo rango que los funcionarios locales y provinciales, a los que podían tratar como iguales. Esto era especialmente patente en Shandong, una provincia pobre, afectada desde hacía décadas (ya desde la rebelión de los Nian) por inundaciones. Esta pobreza contrastaba con la colonia alemana de Qingdao, una ciudad portuaria enriquecida por el comercio exterior y donde iba a veranear una buena parte de la clase alta occidental que vivía en Shanghai. Los Boxers, que adoptaron la proclama *fuqing nieyang*, "apoyar a los Qing, exterminar los extranjeros", se alimentaron de campesinos y marginados sociales, que dieron al movimiento el impulso que lo llevó a extenderse más allá de Shandong.

Los Boxers atacaron inicialmente a los misioneros cristianos, pero después también a los chinos que podían tener algún tipo de relación con los extranjeros, y a todo aquello que representaba a Occidente: ferrocarriles, nombres extranjeros, iglesias, etc. Los cristianos chinos que murieron a manos de los rebeldes se contaron por millares. Muchos occidentales, especialmente misioneros, también fueron asesinados, y la prensa mundial se recreó a fondo explicando todas las atrocidades que cometían los bóxers en contra de los misioneros. Cuando los Boxers dirigieron sus ejércitos hacia Beijing, las potencias extranjeras organizaron sus tropas en la cercana Tianjin para acudir en defensa de las legaciones que poseían en la capital. El ejército Qing se interpuso y las atacó, aduciendo que la acción no contaba con el debido permiso del Gobierno que encabezaba la emperatriz Cixi, que había apoyado el movimiento, dado que defendía la continuidad de la dinastía y pregonaba la expulsión de los extranjeros. De este modo, los Boxers consiguieron llegar a la capital, donde no encontraron ninguna resistencia, y en junio de 1900 iniciaron el asedio las legaciones extranjeras, momento que la emperatriz Cixi aprovechó para declarar la guerra a los países extranjeros. La respuesta de éstos fue inmediata:

organizaron un ejército aliado, con tropas de ocho países distintos, que avanzó hasta Beijing, acabó con los rebeldes y obligó a la corte a huir y refugiarse en Xi'an, poniéndose así fin al movimiento.

El conflicto acabó con la firma del Protocolo de los Boxers (1901), que impuso a China una indemnización extraordinaria equivalente a los ingresos anuales del gobierno chino de cuatro años, que debía pagar en treinta y nueve años y con intereses. Aunque finalmente sólo llegó a satisfacer aproximadamente un tercio del total de esa suma, una cifra tan desorbitada obligó a China a encontrar nuevos recursos de financiación, pero al mismo tiempo hizo que los países extranjeros adquirieran conciencia del peligro que podía representar exigir demasiado al Gobierno manchú. Desde su perspectiva, no interesaba que la dinastía se desintegrara, ya que ello podía comportar amenazas a los intereses extranjeros y el hundimiento del Estado. Era más conveniente utilizarla para asegurar sus objetivos.

Tras la firma del Protocolo de los Boxers, sólo cuatro años después del golpe de Estado que había acabado con el Movimiento de los Cien Días, la emperatriz Cixi y su gabinete no tuvieron más remedio que impulsar las reformas que previamente habían defenestrado (*xinzheng*, "nuevas políticas"). En el ámbito institucional, se comenzó por crear el primer Ministerio de Asuntos Exteriores (*Waiwu bu*) que existió en China. Por lo que se refiere a la educación, en 1905 se abolieron los exámenes imperiales, poniendo fin así a una de las instituciones estatales más definitorias y duraderas de la vida política e intelectual de la historia de China. Al mismo tiempo, se fundaron escuelas modernas y se promovió el envío de estudiantes chinos al extranjero, una iniciativa que había iniciado Le Hongzhang unas décadas antes. Una parte de las indemnizaciones pagadas a Estados Unidos en virtud del Protocolo de los Boxers se destinó, precisamente, a financiar la estancia de estos estudiantes en Norteamérica. También el ejército fue objeto de reformas profundas, con el objetivo de convertirlo en un cuerpo unificado y moderno capaz de superar la ineficacia que lo había caracterizado a pesar de los intentos de modernización previos. Finalmente, aunque probablemente se trata de la más ambiciosa de las reformas previstas, se dieron los primeros pasos para la futura creación de un Parlamento constitucional.

Los cambios no sólo llegaron impulsados por el Gobierno. Éstos, de hecho, fueron precedidos por profundas transformaciones socioculturales que hacía décadas que se estaban gestando y que las circunstancias hicieron aflorar en ese momento. Las grandes ciudades de la costa, algunas de las cuales contaban ya con más de medio siglo de presencia occidental, fueron testimonio del nacimiento de nuevas clases sociales vinculadas a la industria (burguesía y proletariado) y de la creciente importancia de los sentimientos nacionalistas que las constantes injerencias extranjeras estimulaban. Además, las reformas propiciaron la aparición de nuevas formas de ascenso social, como el comercio, la carrera militar profesional o la enseñanza, que no se limitaban ya a la tradicional carrera funcionarial. El desarrollo de una clase proletaria vino acom-

pañado del nacimiento de una burguesía urbana que en muchos casos había aprendido los secretos de la industria moderna colaborando con empresas o administraciones extranjeras. Éstos, junto con funcionarios y comerciantes, empezarán a participar de manera más activa en la vida pública, implicándose en lo que se puede considerar formas de nacionalismo económico que luchaban por contrarrestar, localmente, las acciones coloniales de las potencias extranjeras: se inicia así una dura pugna por conseguir las concesiones, la explotación o el control de líneas ferroviarias, correos y sistemas de comunicación, extracciones mineras, etc. Al mismo tiempo, se implicaron también en acciones conjuntas de protesta pública: en 1905, tiene lugar un boicot contra los intereses norteamericanos junto con estudiantes como protesta por el maltrato que recibían los emigrantes chinos en Estados Unidos, y en 1908 se produce un nuevo boicot, esta vez contra los intereses japoneses, que constituyen precedentes inmediatos a la ola de movimientos de protesta que tendrán lugar durante las décadas de 1910 y 1920.

Entre 1904 y 1905, se produjo un acontecimiento en Asia oriental que anunció un cambio profundo en el orden interno de la región y de su proyección exterior: la Guerra Ruso-Japonesa, que culminó en una victoria nipona que sacudió al mundo. Por un lado, el triunfo de un país que hacía sólo unas décadas había sido sometido por las potencias occidentales representó un impulso para las ideas constitucionalistas. Sólo los cambios institucionales que había experimentado Japón en medio siglo podían explicar su transformación y su ingreso en la lista de potencias mundiales. Japón se convirtió de hecho en una fuente de inspiración para los nacionalistas asiáticos, y su victoria sobre el régimen zarista se percibió en China como una victoria del constitucionalismo, en tanto que el Imperio nipón disponía, desde 1889, de una constitución que integraba la figura del emperador. La guerra, desarrollada al norte de Corea y Manchuria, por otro lado, confirmaba el control japonés de aquella península y lo extendía hacia Manchuria, ya que Rusia se había visto obligada a ceder sus dominios de la península de Liaodong e incluso la concesión del ferrocarril transmanchuriano que los Qing habían otorgado, en 1898, a los rusos. De esta manera, Japón se posicionaba amenazadoramente de cara a futuros movimientos en la región de Manchuria.

Fruto de la presión de los partidarios de las ideas constitucionalistas, en 1908 se iniciaron planes por el establecimiento gradual de un Parlamento nacional, que debía comenzar a actuar en 1917; sería la culminación de un camino que debía comenzar con el establecimiento de asambleas provinciales (previsto para el 1909) y una Asamblea Nacional (1910). De hecho, en 1909 se iniciaron las primeras elecciones de consejos, en los que podían ser elegidos todos los hombres mayores de veinticuatro años que supieran leer y escribir. Los gobernantes Qing, después de las enérgicas reformas que habían intentado implementar durante los años anteriores, habían llegado a la conclusión de que estas formas de participación no representaban una amenaza a su soberanía. De manera similar a la Constitución japonesa, se preveía que el emperador tuviera la potestad de disolver el Parlamento, aprobar leyes y realizar nombra-

mientos; además, el Parlamento no debía tener potestad sobre las cuestiones militares y los asuntos exteriores. No obstante, a pesar de estas prerrogativas aparentemente conservadoras que aseguraban el control firme de la dinastía sobre la vida política e institucional del país, este programa constitucional representaba una ruptura radical con el pasado.

La creación de asambleas locales representó una oportunidad única para muchos miembros de la elite ilustrada tradicional, pero también para muchos elementos de la nueva burguesía, de participar activamente en la vida política, pero a menudo ello dio pie a enfrentamientos con los grandes funcionarios provinciales, cuyos intereses chocaban con los de esas elites, las cuales reclamaban su derecho a implicarse en la política. Ello dio lugar a campañas y demandas de nuevas reformas constitucionales, cada vez más alejadas de lo que los gobernantes manchúes estaban dispuestos a conceder. Lejos de valorar las reformas que habían impulsado, los gobernantes manchúes eran considerados, por buena parte de los intelectuales chinos, como un obstáculo para sus ambiciones. No en vano, desde que en 1905 se habían abolido los exámenes, el vínculo entre eruditos y servicio público había quedado roto, naciendo de este modo una clase ilustrada más independiente y menos comprometida con la clase gobernante.

Precisamente, la enseñanza fue una de las áreas en que mayores cambios se registraron: se impulsó un sistema moderno de escuelas (públicas y privadas) con un currículo de contenidos totalmente distinto que incluía enseñanzas prácticas y que minimizaba el estudio de los textos clásicos que, hasta entonces, había dominado la formación de los jóvenes chinos, creándose incluso escuelas para mujeres, las cuales habían quedado hasta entonces excluidas del mundo de la educación. Los estudiantes se convirtieron en uno de los ejes más activos de la vida social de las grandes urbes de la costa, protagonizando protestas y huelgas de variada naturaleza. Los que acudieron al extranjero para formarse –básicamente, Japón– acabaron por convertirse en uno de los principales focos de activismo antimanchú y en favor de la república. Paradójicamente, el envío de estudiantes al extranjero había sido una iniciativa del Gobierno: en 1896, trece habían viajado a Tokio; entre 1905-1906, unos 9.000 se matricularon en las escuelas de Japón. Japón, de hecho, representaba el medio más eficaz y económico para China de adquirir conocimientos occidentales, y era percibido como un ejemplo de país asiático que había llevado a cabo un proceso exitoso de occidentalización sin haber tenido que abandonar su identidad cultural. Pero conocer de primera mano el emergente Imperio nipón contribuyó a que muchos de esos estudiantes se distanciaran de la dinastía Qing y lo que ésta representaba y fueran críticos con sus políticas, después de familiarizarse con ideas occidentales como las de democracia o república, entonces muy en boga en Japón gracias a las traducciones llegadas de Occidente. Se trata, por lo tanto, de estudiantes en general muy politizados, lo que les llevará a protagonizar protestas y boicots por la pasividad de la dinastía frente a las acciones de las potencias extranjeras.

En el ejército, se vivió una situación similar. En el contexto de los proyectos de modernización impulsados en el estamento militar, muchos miembros del ejército realizaron estancias en Japón. En 1903, se creó incluso una escuela militar exclusivamente para estudiantes chinos, y hasta 1914 se formaron cerca de un millar de militares en ella, del mismo modo que los estudiantes, cuando regresaron a China se convirtieron en militares marcadamente politizados, muy influenciados por las formas de organización y desarrollo institucional que habían conocido en Japón. De manera muy significativa, el motín que dio lugar a la revolución de 1911 que pondrá fin al sistema imperial estallará en una de las unidades más politizadas del ejército.

Todas estas reformas representaron un importante esfuerzo de inversión para un Gobierno que seguía duramente azotado por las exacciones económicas impuestas por las grandes potencias imperiales. Los administradores Qing sólo pudieron financiarlas con un gran aumento de los impuestos y las tasas, lo cual repercutió precisamente en quien menos se beneficiaba de estas reformas, la gran masa de chinos que seguía viviendo del campo y la agricultura, que quedaba al margen de estas reformas. Durante los últimos años del imperio Qing, se produjeron numerosas revueltas locales, cuyo objetivo en muchos casos estuvo personificado en algunas de las nuevas instituciones, que resultaron atacadas. Este malestar en el campo hizo crecer, al mismo tiempo, la preocupación y la desconfianza entre las elites intelectuales y militares en la capacidad de la dinastía de mantener la ley y el orden, lo cual se convirtió en un factor destacado para que acabasen apoyando la revolución de 1911. Las malas cosechas y los desastres naturales que se sucedieron aquellos años, que entre 1910-1911 provocaron hambrunas en algunas regiones del país, agudizaron los problemas y jugaron un papel importante en el final del imperio.

2.2. La muerte del imperio: la revolución de 1911

En este contexto de cambios sociales e institucionales hay que situar el inicio de un movimiento republicano de marcado carácter anti-Qing entre los emigrados, los chinos de ultramar, los estudiantes en el extranjero y los exiliados, que se agruparán alrededor de la poderosa figura de Sun Yat-sen (Sun Yixian, 1866-1925). Éste, a pesar de su origen campesino en la provincia de Guangdong, se formó con misioneros protestantes en Hawái, fue bautizado cristiano y estudió medicina occidental en Hong Kong. En 1894 fundó su primera asociación antimanchú; en 1895 realizó un intento fallido de organizar una rebelión en la provincia de Guangdong; en 1896 fue retenido y secuestrado en la legación china de Londres, lo que le granjeó una popularidad y un reconocimiento únicos entre los estudiantes e intelectuales chinos. Buscó el apoyo de las comunidades chinas en el extranjero y las sociedades secretas en China. Así, en 1900 vuelve a fracasar en un nuevo intento de rebelión en Guangdong. A partir de entonces, Sun procuró la adhesión de los estudiantes chinos en Japón, donde en 1905 fundó la Tongmenghui (Liga de la Alianza Unida), base organizativa dentro de la cual empieza a definir un credo político que se basa en lo que denomina los "tres principios del pueblo" (*sanmin zhu-*

Bibliografía

Para ampliar este apartado, ved:

P. Bailey (2002). *China en el siglo XX* (pág. 73-76). Barcelona: Ariel.

Jonathan Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 262-267). Nueva York: Norton.

yi): nacionalismo antimanchú, democracia (república) y socialismo. Sun entró en disputa con Liang Qichao, uno de los intelectuales que había participado en el Movimiento de Reforma de los Cien Días y activista también exiliado en Japón que, sin embargo, no pretendía derrocar el sistema imperial. La nula popularidad de los Qing hizo que las ideas más radicales de Sun acabaran triunfando entre los estudiantes.

Entre 1905 y 1911 Sun Yat-sen organiza ocho nuevas rebeliones fracasadas. Lo más destacado de todo este periodo es que sus tácticas revolucionarias evolucionan notablemente: en los primeros años, Sun busca alianzas entre las asociaciones secretas especialmente del sur, pero finalmente optará por introducir sus ideas en el ejército. Ello resultó más efectivo en las regiones centrales de Hunan y Hubei, donde contactó con oficiales con una ideología política muy afín al republicanismo. No obstante, a pesar de que los manuales parezcan sugerir lo contrario, el republicanismo no fue nunca un movimiento homogéneo, ya que en su seno se encuentran matices ideológicos importantes y, sobre todo, diferencias tácticas divergentes; y Sun no fue un líder único, a pesar de su popularidad. Sin embargo, el sentimiento nacionalista y antimanchú, que identificaba a la dinastía Qing como su enemigo, se convirtió en el elemento que unió a todo el republicanismo chino en un mismo objetivo.

De hecho, la revolución republicana china tuvo un marcado carácter regional. Ante la crisis del Estado Qing, muchas provincias habían empezado a establecer administraciones paralelas para garantizar las necesidades básicas: se establecieron cuerpos militares provinciales, cámaras de comercio que regulaban la economía y realizaban inversiones en infraestructuras, asociaciones civiles de todo tipo que ejercían funciones educativas y asistenciales, y fundaciones caritativas. Algunas regiones que estaban en contacto con las estructuras administrativas occidentales desarrollaron estructuras paralelas chinas: en Shanghai, por ejemplo, en la parte de la ciudad que quedaba fuera del límite de las concesiones, se estableció una Administración que imitaba la de las concesiones: con unas elecciones restringidas a unas élites comerciales que, sin embargo, apoyaron la revolución. El papel de estas organizaciones regionales fue clave para la caída del régimen Qing.

El inicio de la revolución que pondrá fin a la dinastía representa una muestra de la situación de debilidad en que ésta se halla y las diferencias de intereses entre el Gobierno de Beijing y las elites locales. En mayo de 1911 empiezan las protestas entre las elites económicas de Sichuan, cuando la corte anuncia el uso de créditos extranjeros para apropiarse de la construcción de varias líneas de ferrocarril que estaban en manos de compañías privadas provinciales chinas. Ésta será la semilla que provocará un motín militar en Wuchang (Hubei) en el mes de octubre. La revuelta se extenderá rápidamente: las provincias del sur se unen al levantamiento cuando las asambleas locales, con la colaboración del ejército, proclaman su independencia. Ante la difícil situación que se ha declarado, la corte se ve obligada a acudir a una de las máximas figuras militares del país, el general y gobernador de las regiones del norte Yuan Shikai

(1859-1916), para que ponga fin a la situación, a la vez que algunos representantes de las provincias se reúnen en Nanjing con la intención de fundar una república. En ese momento, Sun Yat-sen se encuentra en Estados Unidos, pero aun así es proclamado presidente, y como tal regresa a China en diciembre de 1911.

Para asegurar el triunfo de la revolución, Sun promete ceder a Yuan Shikai su cargo de presidente si éste se une a la causa republicana, fuerza la abdicación del "último emperador", el niño Pu Yi, y acepta la nueva Constitución. Yuan, aunque había sido apartado parcialmente por la corte, era en aquel momento el comandante más importante de toda China, con el ejército más moderno y bien preparado, y una de las máximas preocupaciones de Sun Yat-sen era evitar una guerra civil que agotara aún más el país, de modo que su acercamiento a Yuan no debe sorprender. Después de que Yuan Shi-kai aceptase el ofrecimiento, en enero de 1912 éste consiguió la abdicación de la dinastía. Con ella, el sistema imperial llegaba a su final después de la agonía de los últimos setenta años. Así se ponía fin al sistema monárquico inaugurado en el año 221 a. C. por el primer emperador de la dinastía Qin y que se había mantenido vigente durante dos milenios.

3. Auge, crisis y caída del *bakufu* de Edo

Después de más de dos siglos de gran inestabilidad, a principios del siglo XVII, la dinastía de los Tokugawa unificó el territorio japonés e implantó un nuevo sistema político, el *shogunat Tokugawa* (en japonés, *Bakufu Edo*). En 1603 Ieyasu culmina la obra de sus antecesores militares, que habían intentado poner fin a la fragmentación política, como Oda Nobunaga (1534-1582) y Toyotomi Hideyoshi (1536-1598), y es designado *shogun*, general entre generales, por el emperador. El proceso de reunificación militar de Japón queda legitimado no solamente por la fuerza de las armas, sino con la bendición del Enviado del Cielo, es decir, el emperador. Se inicia entonces una etapa de más de dos siglos sin guerra, sin grandes sobresaltos, considerada la más estable de la historia del país, en la que el *shogun* residente en Toquio (Edo, en japonés antiguo; de aquí el nombre de *bakufu Edo*) mantenía el poder real, mientras que en Kyoto, el emperador guardaba un poder meramente simbólico y espiritual. No la trataremos con detalle: nuestro interés en la misma, mediado por los hechos sucedidos en sus décadas finales, se centra en sus aspectos estructurales ya que, en palabras de Hane y Pérez (2009, pág. 20), el Japón moderno "no puede ser comprendido sin entender las fuerzas sociales, económicas, políticas, intelectuales y culturales que emergieron en la era Tokugawa". Con dichos aspectos iniciaremos esta sección. Seguiremos después con la narración de las contradicciones que florecen en su interior desde la mitad del siglo XVIII, acentuadas por la presión de Occidente a partir de 1850, para terminar con la espiral de sucesos que condujo a su fin en 1868.

3.1. La consolidación del *bakufu* de Edo, 1600-1730

El *bakufu* –o Gobierno militar– que se estableció en Edo, la actual Tokio, a principios del siglo XVII, tuvo en el primer y el tercer shogunes, Tokugawa Ieyasu y Tokugawa Iemitsu, a sus principales artífices. Para entender su obra, hemos de situarnos en la realidad política de las islas en el momento en que asumen el poder. En primer lugar, no alcanzaron la cima sólo con sus propias fuerzas, sino que encabezaban una coalición de *daimyos* –grandes señores feudales– con los que debían fijar un sistema de relaciones satisfactorio. En segundo lugar, había que contar con la vieja corte imperial, puesto que incluso en la coyuntura de mayor desintegración territorial del país ésta mantuvo su capacidad para actuar como fuente de legitimación. En tercer lugar, cabía incrementar los instrumentos de control social para evitar una escalada de conflictos sobre los diversos estratos de la sociedad: sobre los campesinos, el principal pilar económico de la sociedad japonesa; sobre los artesanos y comerciantes que comenzaban a florecer amparados en la formidable proliferación de ciudades-fortaleza que se produjo entre 1570 y 1620; o sobre los tumultuosos guerreros samuráis de quienes había que asegurarse la fidelidad. Y finalmente, era necesario articular el territorio, tanto por motivos de interés administrati-

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este subapartado, ved:
C. Totman (1993). *Early Modern Japan*. Berkeley: University of California Press.

vo como para favorecer las relaciones entre las zonas más dinámicas del archipiélago, y así obtener un drenaje impositivo que contribuyese a consolidar la pujanza del shogun. Porque, en definitiva, el gobierno militar conocido como *bakufu* pretendía asegurarse de que el poder político se mantuviera en manos de la familia Tokugawa.

Ante la magnitud de estos retos, Ieyasu e Iemitsu forjaron un armazón socio-político que se mostraría muy efectivo ya que, como dice Totman (2005, pág. 235), sus herederos se beneficiaron de unos "ajustes pragmáticos que les permitieron sostener la paz social y, por lo tanto, sus propios privilegios hasta bien entrado el siglo XIX". ¿Cuáles fueron sus principales rasgos? Podríamos resumirlos en cuatro: la posición política preeminente del shogun, una rígida segmentación social, la hegemonía ideológica del neoconfucianismo y el control férreo sobre las relaciones exteriores del país. Pero, para captarlo en toda su complejidad, debemos adentrarnos un poco más en cada uno de ellos.

3.1.1. La preeminencia del shogun

Si el *bakufu* pudo ejercer su hegemonía, de modo indiscutido, durante un tan largo periodo de tiempo fue debido a una exitosa combinación de recursos políticos, económicos, militares e ideológicos. Para empezar, el *bakufu* era la Administración más grande y con más recursos, y por lo tanto, quedaba por encima de las otras divisiones territoriales que estaban bajo el control de los señores regionales, los *daimyos*. El shogun, que en sus dominios directos desplegaba una autoridad prácticamente absoluta, controlaba una cuarta parte de la tierra cultivable –en su mayoría, en la zona central de Honshu–, además de todas las minas importantes de las islas, los principales puertos – Osaka y Nagasaki– y la ciudad de Kyoto. Se reservaba asimismo el derecho a gravar el transporte interterritorial y la acuñación de moneda, por lo que ningún otro señor podía rivalizar con él en cuanto a capacidad económica y, por ende, militar. Ieyasu convirtió en pocos años un pueblo de pescadores, Edo, en la más importante ciudad del país.

Tabla 3. Principales ciudades hacia 1720

Ciudad	Población estimada
Tokio	1.000.000
Osaka	380.000
Kioto	340.000
Kanazawa	65.000
Nagoya	40.000
Nagasaki	40.000

Fuente: adaptado de A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (Pág. 21). Oxford: Oxford University Press.

Bibliografía

Para profundizar en este tema, ved:

J. W. Hall (1990). "The *bakufu* system". A: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 128-182). Nueva York: Cambridge University Press.

H. Bolitho (1990). "The *han*". A: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 183-232). Nueva York: Cambridge University Press.

¿Cómo impusieron los Tokugawa su dominio sobre el resto del territorio? Lo hicieron indirectamente por medio de los *daimyos*, que eran considerados sus vasallos. Después de la victoria de Ieyasu en la batalla de Sekigahara (1600), los señores feudales tuvieron que jurar fidelidad al nuevo *shogun*. Por otro lado, los Tokugawa tenían la legitimidad del emperador, que les confirió la autoridad para gobernar el destino de las islas al nombrarlos *shogun*. Con esta medida, el monarca se convertiría en poco más que un elemento decorativo a partir de los decenios siguientes, aunque su posición central en la cosmovisión del pueblo japonés le haría ejercer en el futuro un papel importante. Más allá de la liturgia del poder, el *bakufu* reorganizó la distribución territorial de Japón mediante un código de fidelidades y alianzas: las tierras de las señorías (*han*), que teóricamente eran propiedad del *shogun*, quedaron rodeadas de *daimyos* pertenecientes a su misma familia (*shimpan*) o de los que les habían jurado fidelidad antes de su llegada al shogunado (*fudai*). Las familias que sólo se habían unido a la causa de Ieyasu tras la batalla, habían de ser alejadas y vigiladas (*tozama*), entre las que se encontraban las de los poderosos dominios del sur, Satsuma y Chôshû. Si no había muestras de deslealtad, el *bakufu* no interfería en los asuntos internos de los *han* ni les obligaba a satisfacer ningún tipo de carga impositiva fija, pero se reservaba para sí la regulación de las relaciones entre ellos y con el exterior. Esta distribución de la potestad sobre el territorio ha sido denominada *bakuhan*, concepto que, como explica Hall,

"[...] reconoce el hecho que bajo el bakufu de Edo la organización del gobierno era el resultado de la maduración final de las instituciones de gobierno shogunal a nivel nacional y del gobierno de los daimyos a nivel local."

J. W. Hall (1990). "The *bakuhan* system". A: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 128). Nueva York: Cambridge University Press.

Pero se necesitaban más medidas para asegurar la tranquilidad política, y el shogun no dudó en recuperar la antigua costumbre del sistema de residencia alterna. Por la misma, cada *daimyo* se veía obligado a morar en Edo la mitad del tiempo y había de mantener a su familia directa en la capital. Con ello, conseguía varios objetivos a la vez: tenía vigilados a sus aliados, les forzaba a grandes dispendios y, a la larga, les desarraigaba de sus feudos puesto que, al crecer en Edo, perdían los vínculos sentimentales con la heredad y con sus samuráis guerreros. Además, mientras se encontraban en la ciudad, el *bakufu* les sometía a exacciones periódicas, ya en forma de peticiones para reparar fortalezas, puentes, templos... ya de otro tipo.

3.1.2. Una rígida segmentación social

A mediados del siglo XVII, la sociedad japonesa estaba dividida en dos clases: una minoría privilegiada formada por nobles y samuráis o *bushi*, que sumaban un 5-7% de la población; y una mayoría sin privilegios, dividida en tres grandes estamentos: campesinos, artesanos y mercaderes. Ya a finales del siglo XVI, Hideyoshi había procedido a desarmar a los agricultores y a fijarlos a la tierra

Bibliografía

Para profundizar sobre esta cuestión, ved:

H. Ooms (1985). *Tokugawa Ideology: Early Constructs, 1570-1680*. Princeton: Princeton University Press.

que cultivaban. Trazaba así una marcada separación entre la elite guerrera y el resto de la población, segmentación que el *bafuku* se encargaría de reafirmar y consolidar.

a) En la cima de la pirámide social se encontraban la nobleza guerrera y los samuráis. Eran los únicos que podían llevar armas y mantener un apellido. Monopolizaban todo lo relacionado con el gobierno y la milicia. Entre ellos, se establecía una relación de vasallaje que tenía en la cúspide al shogun, seguido de los *daimyos* y de los seguidores de cada uno de ellos. Para asegurar su fidelidad, se les obligó progresivamente a permanecer en las fortalezas, cambiando la asignación de un subdominio dentro del han por la de un estipendio en arroz (*kuramai*) valorado en *kokus*¹. En función de la cantidad recibida, cada samurai conocía el valor que le otorgaba su señor y el puesto que ocupaba en la jerarquía feudal.

⁽¹⁾Unidad de medida equivalente a unos 150 kg.

b) La concentración de los samuráis en las fortalezas modificó la vida de las comunidades campesinas (el 85% de la población, aproximadamente): ya no estaban sometidas a un guerrero en particular, sino que su función era satisfacer una carga determinada de impuestos. Se realizaron nuevos catastros para ajustar los gravámenes y se les obligó a asumir responsabilidades colectivas que afectaban no sólo a los pagos, sino a socorros mutuos y a la vigilancia de los vecinos. Se les prohibió comprar, vender o abandonar la tierra y cambiar de ocupación. Cada aldea tenía como responsable último al jefe del poblado, en general el lugareño con más riqueza o prestigio. Pese a la presión económica a la que estaba sometida, se autogestionaba sin interferencias del señor, a menos que sus demandas o funcionamiento chocasen con los intereses feudales.

c) Los artesanos y mercaderes (el 5-6% de la población aproximadamente), considerados de menor rango que los labriegos, vivían en las ciudades-fortaleza. A lo largo del periodo, pese al desprecio oficial, fueron ganando en importancia gracias al crecimiento de los centros urbanos, convertidos en la sede del poder señorial y, por tanto, residencia de los samuráis.

d) Cabe citar, por último, una minoría denominada *eta* (impuros) o *hinin* (no humanos) que se ocupaba de oficios considerados degradantes. Marginados y desdeñados por el resto de estamentos, vivían segregados en guetos.

3.1.3. La hegemonía ideológica del neoconfucianismo

Para acabar de apuntalar el nuevo acomodo político y social, el shogunato favoreció la aparición de un sistema ideológico ecléctico en el que se mezclaban budismo, *shintô*, religiosidad popular y, ante todo, neoconfucianismo.

Se denomina neoconfucianismo a las revisiones que se hicieron de la filosofía de Confucio a partir del filósofo chino Zhu Xi, durante la dinastía Song. El neoconfucianismo ha ido adaptándose a diferentes épocas y se ha extendido

Bibliografía

Para profundizar sobre este punto, ved:

T. Najita (1987). *Visions of Virtue in Tokugawa Japan*. Chicago: University of Chicago Press.

por la geografía este-asiática como una ideología que busca definir unos criterios de organización social claros, que estén legitimados por las citas confucianas y que aporten "armonía" a la sociedad.

Eruditos japoneses como Fujiwara Seika y Hayashi Razan adaptaron la visión jerárquica, paternalista y meritocrática de la sociedad que se desprende de la obra del filósofo chino a los objetivos del *bakufu*. Al enfatizar los ideales de lealtad y devoción, advertían a los samuráis que no había nada más sagrado que sus obligaciones en tanto que vasallos del señor a quien servían. Al mismo tiempo, en tanto que relacionaban la autoridad política con relaciones paterno-filiales establecían una base ética que obligaba al gobernante y al conjunto de la elite dominante a mantener una conducta modélica para dar ejemplo al resto de la población. Ésta, a su vez, tenía que comprometerse a aceptar el "orden natural" de las cosas para mantener el equilibrio y la armonía de la nación.

3.1.4. El control férreo sobre las relaciones exteriores

Una de las estrategias de los Tokugawa para mantener a los *daimyos* bajo su autoridad y en una posición de debilidad relativa fue impedirles cualquier relación autónoma con el exterior. El shogun se arrogó la potestad de mantener los asuntos exteriores bajo su estricta supervisión con dos objetivos: garantizar la soberanía de las islas y reforzar su propia autoridad, construyendo "una estructura diplomática que daría legitimidad al *bakufu*, reforzaría la seguridad de Japón en una Asia oriental assolada aun por la piratería, manteniendo a la vez el acceso a un comercio exterior en expansión" (Toby, 1991: 233).

El aspecto más llamativo de esta parte de su programa fue la denominada política de aislamiento (*sakoku*), dirigida a coartar cualquier posibilidad de fortalecimiento de los territorios más alejados del centro político, los *tozama* y a acabar con la actuación proselitista de los jesuitas, considerada fuente de inestabilidad puesto que algunos señores habían llegado a convertirse. Hacia 1650, la comunidad cristiana japonesa había desaparecido y, desde 1635, estaba prohibido viajar a ultramar o regresar en el caso de hallarse en el extranjero.

Pese a la política de aislamiento, las relaciones exteriores no se pudieron eliminar por completo. Se mantuvieron abiertas varias vías de comunicación con Europa y Asia. Por una parte, los holandeses mantuvieron en la isla de Deshima una pequeña estación comercial, sometidos a una vigilancia permanente por parte de las autoridades y apremiados a viajar periódicamente a la corte para rendir pleitesía al shogun. Por otra, se permitió, oficiosamente, a los comerciantes de Nagasaki que operasen en la costa china y se mantuvieron relaciones diplomáticas y comerciales con Corea y las islas Ryukyu.

Bibliografía

Para profundizar sobre este tema, ved:

R. Toby (1991). *State and Diplomacy in Early Modern Japan: Asia in the Development of the Tokugawa Bakufu*. Stanford: Stanford University Press.

3.2. Consecuencias inesperadas de la estabilidad, 1730-1850

Durante los primeros ciento veinte años del periodo Tokugawa Japón parecía haber entrado en una nueva edad de oro, sin guerras, sin grandes catástrofes. Se articularon más tierras, aumentó la productividad y la población creció con rapidez, pasando de 18 a 30 millones (tabla 4). Sin embargo, no cabe confundir una sociedad estable con una sociedad estática. Paulatinamente, se estaban produciendo cambios importantes en la estructura social y económica del archipiélago, cambios imprevistos que tardaron en hacer mella en el corazón del sistema pero que, poco a poco, lo fueron minando.

Tabla 4. Evolución estimada de la población, 1600-1850

Año	Población estimada
1600	12.000.000
1700	28.000.000
1750	30.300.000
1800	30.000.000
1850	31.500.000

Fuente: adaptado de J.-N. Biraben (1993). "Le Point sur l'Histoire de la Population du Japon". *Population* (vol. 48, núm. 2, pág. 443-472).

a) Las medidas articuladas para controlar los *daimyos* y samuráis tuvieron un papel importante en la monetización de la economía y la comercialización de la agricultura. Para mantener su prestigio en la capital y durante los trayectos a sus dominios, los grandes señores se vieron constreñidos a efectuar grandes dispendios. Obtenían el efectivo al vender su arroz en Osaka y otros mercados, lo que implicó una cada vez mayor circulación de capital no sólo en estos centros sino también en Edo, el punto donde se concentraba el gasto suntuario. A consecuencia de ello, apareció un poderoso grupo de comerciantes que dirigía el tráfico mercantil y que empezó a intervenir con intensidad creciente en los asuntos financieros del shogunato.

b) Algo semejante sucedió, a más pequeña escala, en las ciudades-fortaleza: las ciudades se convirtieron en centros de consumo, por lo que el estamento comercial creció y adquirió una influencia notable. Al crecer el mercado de las urbes, los cambios no tardaron en extenderse al campo que, poco a poco, aprovechando la mejora de las comunicaciones, empezó a drenar a la ciudad sus excedentes o incluso a variar sus cultivos para satisfacer la demanda metropolitana. Aumentó el bienestar de la población rural, que empezó a regular su capacidad reproductiva para mantener su nivel de vida (tabla 4) y a asistir a las escuelas de los templos, los mismos templos que les registraban como practicantes de los cultos permitidos. Surgió un nuevo grupo de campesinos

Bibliografía

Para profundizar en los distintos aspectos tratados en esta sección, ved:

T. Smith (1988). *Native Sources of Japanese Industrialization, 1750-1920*. Berkeley: University of California Press.

S. Hanley; K. Yamamura (1977). *Economic and Demographic Change in Preindustrial Japan, 1600-1868*. Princeton: Princeton University Press.

A. B. Janetta (1987). *Epidemics and Mortality in Early Modern Japan*. Princeton: Princeton University Press.

R. P. Dore (1965). *Education in Tokugawa Japan*. Berkeley: University of California Press.

S. Vlastos (1986). *Peasant Protests and Uprisings in Tokugawa Japan*. Berkeley: University of California Press.

T. Tatsuya (1990). "Politics in the eighteenth century". A: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 425-477). Nueva York: Cambridge University Press.

H. Bolitho (1989). "The Tempo crisis". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 116-167). Nueva York: Cambridge University Press.

H. Harootunian (1988). *Things Seen and Unseen: Discourse and Ideology in Tokugawa Nativism*. Chicago: University of Chicago Press.

ricos (*gônô*) que empezó a invertir en manufacturas rurales –*sake*, tejidos de seda y algodón– y a prestar dinero a crédito lo que les permitiría convertirse en grandes terratenientes.

c) Por otra parte, estas nuevas circunstancias cambiaron radicalmente la situación de los samuráis, que hubieron de ajustar sus comportamientos a una prolongada época de paz: pese a que las tradiciones marciales nunca fueron olvidadas, la realidad de su existencia cotidiana los convirtió en una elite ociosa, burocrática, sedentaria y atenta a los placeres de la vida urbana que tenía dificultades para representar el rol ejemplar que les reservaba el neoconfucianismo. La habilidad con la espada empezó a valorarse menos que el conocimiento de las leyes o la contabilidad, de modo que se fundaron academias en las principales ciudades en las que, en algunos casos, compartieron aulas con los retoños de los miembros más destacados del mundo del comercio.

Hasta aquí, hemos enfatizado el buen funcionamiento del orden shogunal en aras de sentar las bases que nos expliquen la rápida transformación de la faz de las islas a partir de 1868: sin una economía comercial y con prácticas financieras avanzadas, sin una tradición de dinámicos emprendedores en la ciudad y el campo, sin una población letrada y con comportamientos demográficos estables, sin buenas infraestructuras... estas no serían comprensibles. A pesar de ello, no debemos olvidar que no se trataba de una arcadia, sino de un sistema opresivo, muy jerarquizado, en el que los "no privilegiados" estaban sometidos ante los samuráis y en el que los mismos guerreros se hallaban severamente encorsetados por convenciones de rango. Es en esta rigidez que cabe encontrar argumentos sobre por qué las contradicciones económicas, sociales e ideológicas que se evidenciaron a partir del segundo tercio del siglo XVIII no pudieron resolverse en el seno del sistema Tokugawa y abrieron el camino hacia una transformación radical.

¿Qué sucedió cuando el boato exigido para mantener la gloria del *bakufu* y los *daimyos* implicó que sus haciendas fuesen deficitarias? Aumentaron los impuestos, redujeron los estipendios de sus vasallos, trataron de aprisionar al mundo del comercio y devaluaron la moneda. Pero aún así no pudieron evitar que sus finanzas quedaran en manos de los gremios más pudientes, los únicos capaces de suministrarles el numerario que necesitaban. El malestar en el campo se hizo más agudo y, cuando llegaron las catástrofes en forma de malas cosechas y hambruna hacia finales del siglo XVII, grandes levantamientos campesinos asolaron las villas, convirtiendo en el foco de sus iras a los acaudalados, a los usureros y a las autoridades locales (tabla 5). Las ciudades también empezaron a mostrar su descontento y algunos samuráis, endeudados y empobrecidos, pronto comprobaron cómo su orgullo y sus títulos militares no les ayudaba a llenar las escudillas con arroz. Por supuesto, la situación era variable en cada dominio pero, en general, el bienestar material de los estratos elevados del mundo rural o mercantil superaba al de la mayor parte de la

casta guerrera. Y esta conciencia de deprivación relativa minaba sin duda su confianza en la bondad de la situación política, situación que no satisfacía a nadie puesto que la riqueza, a su vez, no garantizaba un estatus de privilegio.

Tabla 5. Protestas campesinas, 1600-1867

Años	Núm. de protestas	Protestas por año
1600-1700	420	4,2
1700-1800	1.092	10,9
1800-1850	814	16,2
1851-1867	373	21,9

Fuente: S. Vlastos (1986). *Peasant Protests and Uprisings in Tokugawa Japan* (pág. 46). Berkeley: University of California Press.

El *bakufu* no se quedó de brazos cruzados, pero sus intentos de reconducir la situación sólo consiguieron éxitos parciales, de modo que los intentos de reforma se sucedieron unos a otros durante más de cien años, sin que la tozuda realidad mostrase muchos signos de cambio. El sistema aguantaba, pero no funcionaba. En las escuelas, los jóvenes samuráis veían cómo su mérito era menos importante que su apellido y que el rango y los cargos que serían capaces de adquirir venían, en gran parte, coartados por su nacimiento. ¿Era lícito exigirles fidelidad incondicional hacia un señor cada vez más lejano, escaso en muchas ocasiones de cualidades loables? Al hacerse cada vez más impersonal la figura del *daimyo* –que pasaba en Edo gran parte de su infancia y su madurez y que ya no era tanto un líder al que seguir en el combate sino un jefe administrativo– es comprensible que, entre algunos militares *bushi*, empezase la busca de un nuevo tipo de proyecto al que vincular el mayor de los valores que habían recibido a lo largo de su formación, la devoción al señor. Devoción que pasó entonces a impersonarse en el territorio, en el *han*.

En este trasvase, cabe encontrar una de las simientes del nacionalismo japonés moderno: cuando fue amenazada la soberanía de las islas, la idea de lealtad había recorrido ya gran parte del trayecto que separaba al individuo de la nación. Trayecto sin duda favorecido por algunas de las nuevas corrientes de pensamiento que afrontaban, críticamente, al orden neoconfuciano del shogunato. Por ejemplo, el movimiento Aprendizaje Nacional, con Motoori Norinaga (1730-1801) al frente, fue a la búsqueda de la esencia auténticamente nipona y puso las bases para focalizar en el emperador, descendiente de la diosa solar Amaterasu, la esencia del Japón. O la Escuela de Mito, que llegaría a similares conclusiones de la mano de Aizawa Yasushi (1782-1863). Ambas amenazarían la ortodoxia ideológica del *bakufu* cuando éste fuera incapaz de cumplir con su misión: subyugar a los bárbaros.

Así pues, la crisis de valores era profunda y afectaba no sólo a la aristocracia, sino al conjunto de la población. Buena muestra de ello la encontramos en la proliferación de cultos populares durante este periodo. Uno de los más co-

nocidos, las Enseñanzas de la Verdad Celestial (*Tenrikyō*), fundado por una campesina en 1838, prometía a sus fieles salvación, paz, curaciones milagrosas y la fuerza del cálido abrazo fraternal de la comunidad de creyentes: signos inequívocos de tiempos de inquietud y desorientación. La economía y la sociedad niponas habían cambiado demasiado para constreñirse al molde de las antiguas instituciones Tokugawa.

3.3. El turbulento fin de la era Tokugawa, 1850-1868

Como ya hemos dicho, uno de los pilares del *bakufu* era el férreo control de las relaciones con el exterior. Ello no había impedido que, por medio de los holandeses, algunos eruditos tuvieran un conocimiento suficiente de lo que estaba ocurriendo en Europa a partir del contacto que pudieran tener con los viajeros que venían de Holanda. En un primer momento, los cultivadores del *rangaku* (saber holandés) centraron su interés en las aportaciones de la ciencia occidental a la medicina o la mecánica, pero cuando la presencia extranjera en el Pacífico asiático empezó a hacerse evidente desde principios del siglo XIX, los japoneses pasaron a interesarse también por la política y la tecnología militar. Su consejo empezó a ser requerido en las reuniones del gobierno militar porque se hizo evidente que la voluntad de controlar el acceso de los bárbaros a las islas iba a ser una empresa difícil. Es justo en la intersección de la amenaza de las potencias foráneas y la crisis interna que estaba viviendo el shogunato que cabe situar el inicio de la etapa final de la era Tokugawa, etapa que caracterizaremos a partir del análisis de tres elementos: la imposibilidad de frenar el avance de los extranjeros, el activismo de los *shishi* (hombres de principios) y la incapacidad del *bakufu* para mantener el control sobre los *daimyos*.

3.3.1. La imparable presión de Occidente

Los primeros problemas llegaron por el norte: desde finales del siglo XVIII, los mercaderes rusos alcanzaron las cercanías de Ezo (la actual Hokkaido) y el zar no tardó en demandar relaciones comerciales, petición que fue rechazada y que dio lugar a varias escaramuzas los siguientes años. Sin embargo, la principal amenaza procedía de los británicos: en 1808 uno de sus navíos de guerra, el *Phaeton*, entró en la bahía de Nagasaki amenazando con atacar la estación comercial holandesa, en el marco de las guerras napoleónicas. A partir de ese momento, los encuentros se sucedieron con preocupante regularidad sin que el *bakufu* pudiese intervenir o controlar esta nueva situación: según un edicto de 1825, en el que se ordenaba la expulsión inmediata y sin miramientos de cualquier buque que se acercara a las costas de Japón, pero esta política no se puso nunca en la práctica por falta de acuerdo en el interior de la propia Administración. No obstante, tras los sucesos de China entre 1839 y 1842, la elite japonesa empezó a percibir con claridad la gravedad de las circunstancias. En 1844, el principal consejero del shogun, Abe Masahiro, después de rechazar

Bibliografía

Para profundizar sobre esta cuestión, ved:

W. Beasley (1989). "The foreign threat and the opening of the ports". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 259-307). Nueva York: Cambridge University Press.

J. V. Koschmann (1987). *The Mito Ideology: Discourse, Reform and Insurrection in Late Tokugawa Japan*. Berkeley: University of California Press.

la oferta de apertura comercial que le proponían los holandeses, emprendió una decidida política de fortificación de las costas aunque, al mismo tiempo, derogó la orden de alejar sin contemplaciones a los buques extranjeros.

El golpe de gracia lo daría, sin embargo, la más joven de las potencias occidentales, Estados Unidos, que tras incorporar a su Gobierno la costa del Pacífico, empezó a interesarse de modo creciente en la región. Tras varios tanteos iniciales, en julio de 1853 la flotilla del comodoro Perry entró en la bahía de Uraga, exigiendo la apertura comercial de las islas en un plazo de nueve meses sin que el *bakufu* tuviera una idea clara de cómo tratar con él. Todo apuntaba a que era necesario reforzar las defensas, pero había profundos desacuerdos sobre la estrategia a seguir. Por un lado, se alineaban los realistas como Saku-ma Shônzan (1811-1864), conscientes de la inferioridad militar de Japón y de la necesidad de asimilar el armamento y las técnicas de combate de los extranjeros, partidarios de evitar la guerra y abrirse al comercio (*kaikou*), ya para mejorar la situación económica del Gobierno, ya para rearmarse y asegurar la soberanía. Por el otro, estaban los partidarios de expulsar a los bárbaros (*jôï*) que consideraban que abrir el país lo conduciría de manera segura al desastre. Para ellos, la derrota de China en 1842 no era fruto tanto de la superioridad bélica de Occidente como de la progresiva contaminación de la sociedad de los "mandarines" por las costumbres y valores ajenos. Impregnados de las enseñanzas nativistas y de la Escuela de Mito, expresaban un fuerte sentimiento nacionalista que encarnaban con el compromiso hacia el emperador y que, fácilmente, derivaba a posiciones xenofóbicas. En una línea similar, los elementos más conservadores del *bakufu* consideraban que la amenaza que representaban los occidentales era ante todo cultural, desestabilizadora del "orden natural", y creían que un posible conflicto haría revivir a los guerreros de antaño, austeros, leales y disciplinados.

Fue en el marco de esta coyuntura crítica que Abe Masahiro mostró, con toda crudeza, la debilidad del *bakufu* al requerir la opinión de los *daimyos* sobre la política a seguir. No sólo no consiguió un consenso, sino que transmitió un estado de incertidumbre que sólo había de acelerar la erosión del Gobierno. Cuando, finalmente, tras largas deliberaciones, se impuso la visión aperturista encabezada por el más poderoso de los señores *fudai*, Ii Naosuke, el daño ya estaba hecho. Al regreso de Perry, esta vez con una verdadera escuadra de guerra, el shogun capituló a sus exigencias y, en marzo de 1854, se firmó el Tratado de Kanawaga, que abría los puertos de Shimoda y Hakodate al comercio con Estados Unidos y al que rápidamente siguieron acuerdos similares con Holanda, Rusia y Gran Bretaña.

Tras este primer éxito, las potencias redoblaron sus demandas. En 1858, de nuevo por iniciativa de los estadounidenses, se firmó el Tratado de Harris –por el nombre del cónsul Townsend Harris– al que a las pocas semanas se sumarían franceses, holandeses, británicos y rusos. Seguía el modelo de los acuerdos arrancados a China –apertura de los puertos principales, control arancelario en manos de agentes internacionales y extraterritorialidad judicial para los

residentes extranjeros– y sometía a las islas a una situación semicolonial que dejaba en entredicho la soberanía de Japón y la legitimidad del shogun, el subyugador de los bárbaros. Cuando, en otra muestra de debilidad, se requirió el apoyo del emperador a la firma del tratado y éste lo denegó, el Gobierno de Edo inició el último acto de su debacle.

3.3.2. El activismo de los *shishi*

Sólo la fuerza y la autoridad de Ii Naosuke salvaron al *bakufu* de una inmediata derrota política. Pero el impulso que éste pudo dar al régimen quedó cortado de raíz por la espada de un terrorista *shishi* en invierno de 1860. ¿De dónde habían surgido estos "hombres de principios" que se reservarían intervenciones protagónicas tanto en estos turbulentos años como en la formación del Estado Meiji? Recordemos la desazón que recorría las filas de los jóvenes samuráis de bajo rango ante la rigidez y creciente hipocresía del orden shogunal y la influencia que los nativistas y la Escuela de Mito empezaban a tener sobre ellos. La firma de los tratados desiguales dotó a este malestar del elemento cohesionador que faltaba, ya que posibilitó que estos aguerridos personajes pudieran demostrar públicamente el trasvase de su lealtad a la más alta institución simbólica de las islas, el emperador y, amparándose en ella, levantarse en armas contra el *bakufu* al grito de "*sonnô jôi*" (¡Reverenciad al emperador! ¡Expulsad a los bárbaros!).

Los *shishi* protagonizaron varios episodios violentos contra sus enemigos políticos y contra los extranjeros. Pero pronto hubieron de atemperar su carácter extremo y aceptar la superioridad militar de Occidente, por lo que redirigieron sus energías a acabar con el *bakufu*. El más influyente de entre ellos, Yoshida Shôin (1830-1859), un erudito samurai muy respetado en el señorío de Chôshû, murió ejecutado en 1859, no sin antes dejar su impronta en dos de los personajes que más relevancia adquirirían pocos años después, Yamagata Aritomo (1838-1922) e Itô Hirobumi (1841-1909).

3.3.3. La incapacidad para mantener el control sobre los *daimyos*

Tras la muerte de Naosuke, el país se mostró presto a dibujar un nuevo equilibrio de fuerzas. Desde mediados de siglo, varios dominios se habían apresado a fortalecerse haciendo uso, paradójicamente, de las reformas ordenadas por el *bakufu*. Los poderosos señoríos *tozama* del sur, Chôshû, Satsuma y Hizen, habían sido capaces de dinamizar sus finanzas y su potencial militar gracias a la presencia de un nutrido grupo de jóvenes samuráis que situaron a sus *daimyos* en posición de cuestionar al shogun. En 1860, su hora parecía haber llegado y pasaron a la ofensiva, usando la figura del emperador como contrapeso al poder de Edo, que no sólo había desobedecido al emperador, sino que se hallaba paralizado por la indecisión. En 1868, su objetivo estaba cumplido.

Bibliografía

Para profundizar en este punto, ved:

G. Wilson (1992). *Patriots and Redeemers in Japan: Motives in The Meiji Restoration*. Chicago: University of Chicago Press.

Bibliografía

Para profundizar en este tema, ved:

M. Jansen (2000). *The Making of Modern Japan* (pág. 294-332). Harvard: Harvard University Press.

Las señorías japonesas tradicionales



Fuente: G. Duby (1999). *Grand Atlas Historique* (pág. 238). París: Larousse.

¿Cómo transcurrieron los hechos? Una vez consumada la eliminación del principal valedor del shogunato, Satsuma pasó a la ofensiva demandando la "unión de la corte y el *bakufu*" y consiguiendo condiciones muy favorables para el emperador y los daymios. El shogun aceptó, tratando de ganar tiempo y legitimidad para sus políticas, pero su capacidad para mantener el control de la situación era cada vez menor. Kyoto se convirtió en un campo abonado para los asesinatos políticos. La mayor parte de los *daimyos* se encontraban, en el mejor de los casos, a la expectativa de cómo se resolvía la situación. En este contexto, Chôshû quiso mostrar su autonomía y, en 1863, contraviniendo las directrices de la capital, cerró el estrecho de Shimonoseki. Este movimiento tuvo una doble consecuencia: por una parte, los occidentales se encargaron de demostrar de manera fehaciente su superioridad militar destruyendo las posiciones japonesas. Por la otra, desencadenó hostilidades directas entre el *bakufu* y el señorío, cuyas fuerzas entraron en Kyoto y sólo se detuvieron en el último momento gracias a la intervención de Saigo Takamori (1827-1877), de Satsuma, que medió entre las partes.

En este escenario de equilibrios cambiantes, las potencias exteriores empezaron a actuar: los franceses apostaron por el *bakufu*, mientras que británicos y estadounidenses se mostraban más próximos a sus oponentes. Cuando las tropas del shogun ocuparon Kyoto en 1865, en un último intento por recuperar su autoridad, Chôshû y Satsuma sellaron un acuerdo secreto para impedirlo de la mano de un *shishi* de Tosa, Sakamoto Ryôma (1835-1867). Cuando

finalmente, en 1866, se produjo el choque entre los samuráis del Gobierno, abandonados por sus principales aliados, y las tropas del sur, que habían acelerado su programa de modernización, hasta el punto de incluir entre sus filas miembros de los estamentos no privilegiados, la suerte se decantó del lado de los insurrectos. Empezó entonces la cuenta atrás para dirimir cómo se reestructuraría el país. Tras varios meses de una intensa actividad conspirativa en los círculos del poder y de gran inestabilidad en las ciudades y la campaña, en diciembre de 1867 tropas conjuntas de Chôshû y Satsuma avanzaron sobre Kyoto. Tras tomar el palacio, el 3 de enero de 1868, el joven emperador Mitsuhiro (1852-1912), más tarde conocido como Meiji, proclamó el fin de la era Tokugawa y la restauración del poder imperial. A los pocos meses, Edo se rendía sin presentar batalla y, aunque en algunos señoríos se produjeron confrontaciones hasta 1869, no hubo amenazas serias hacia el nuevo orden, que empezó a legislar con la intención de construir un nuevo Estado capaz de competir en igualdad de condiciones con los bárbaros del oeste. Su trabajo no sería fácil ya que, como nos recuerda Andrew Gordon,

"[...] las masas populares, en modo alguno tan estúpidas o ignorantes como algunos samurais pretendían, mantenían una ferviente expectación ante los cambios, quizás un sentimiento de alivio. Pocos lamentaban el fin del bakufu, pero, a la vez, pocos se identificaban con el nuevo orden que nacía. ¿Quién dirigiría el nuevo régimen como se estructuraría? [...] Estas y otras cuestiones fundamentales flotaban casi literalmente en el aire cuando el reinado del Emperador Meiji fue anunciado en 1868."

A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 59). Oxford: Oxford University Press.

4. Meiji *Ishin*, la refundación del Japón, 1868-1889

Meiji *Ishin*, refundarse por medio de la iluminación, del progreso. Marzo de 1868. El joven emperador proclama el Juramento de los Cinco Artículos y se inicia una carrera que no se completará, en su primera y decisiva fase, hasta que en 1889 se promulgue la Constitución. Promete participación y libertad de oportunidades y pide compromiso. Anima a romper con las costumbres funestas del pasado y a buscar el conocimiento por doquier para reforzar los fundamentos del poder imperial. A ello se entregarán los líderes del nuevo Japón: tras el golpe de Estado, los nuevos oligarcas, hombres mayoritariamente jóvenes, son perfectamente conscientes de la superioridad militar de Occidente; superioridad basada en sus logros científicos y técnicos. Tienen una preocupación primordial: recuperar la soberanía y asegurarla, aunque ello cueste grandes sacrificios, sacudir al país desde sus cimientos. Por ello, descartan un escenario plausible, asumir las riendas del poder sin introducir más que leves modificaciones en el *bakuhán*, para iniciar una miríada de reformas políticas, sociales y económicas que cambiarán la faz de las islas en unas pocas décadas. Y para conseguirlo, es necesario estudiar al enemigo que no sólo les ha desafiado sino vencido, y asumir sus conocimientos, una vez lavada la afrenta de la derrota al derrocar al *bakufu*.

Una parte de la aristocracia, pues, asumió la responsabilidad de llevar a cabo un proceso cuyos resultados serían revolucionarios, y sus pares aceptaron las transformaciones puesto que, como apunta Hall (1968: 187), eran "un fermento para el cambio más que un obstáculo". No tenían una idea clara de la extensión de las reformas que deseaban efectuar, pero contaban con una ventaja para ponerlas en marcha: su preeminencia no estaba vinculada a la propiedad de la tierra o de los hombres sino a la gestión, y el nuevo orden necesitaba, más que nunca, individuos preparados para ella. Tras dos décadas vertiginosas, no sin afrontar graves dificultades o ver cómo nacían nuevas contradicciones, su objetivo estaba cumplido. Cuando se inició la recta final del siglo XIX, el archipiélago nipón se hallaba presto a sacudirse la tutela de los bárbaros del oeste.

4.1. La construcción del Estado: el Sistema del Emperador

En 1868, la nueva oligarquía que iba a regir los destinos de las islas, formada mayoritariamente por jóvenes samuráis de Satsuma y Chôshu, no tenía muy clara la forma que iba a adoptar el nuevo Gobierno. La indefinición de su proyecto iba a dar paso a más de dos décadas de tanteos y luchas internas hasta encontrar un marco político estable. Las limitaciones del consenso inicial, sin embargo, no significaron parálisis en modo alguno: desde los primeros meses se avanzó hacia la centralización política y se empezaron a estudiar las propuestas necesarias para aumentar los recursos y la autonomía del Gobierno. Y no descuidaron los aspectos simbólicos: a los pocos meses de tomar el poder,

la corte imperial se trasladó a la antigua fortaleza Tokugawa de Edo, que a partir de este momento pasaría a conocerse por Tokio, capital del este. Se iniciaba de este modo el proceso que los eruditos nipones denominan "la construcción del Sistema del Emperador", que implicó no sólo la creación de un marco constitucional para el país, sino también de los mecanismos que permitirían a las masas populares vincular su lealtad a la moderna nación japonesa y que galvanizarían sus energías para la creación de una sociedad industrial.

4.1.1. El fin del Japón feudal

Entre 1868 y 1873, las estructuras que habían dado forma al país durante más de dos siglos fueron desarmadas. La receptividad de la sociedad japonesa, ante cambios tan intensos, sólo puede entenderse atendiendo al amplio malestar existente en las últimas etapas del shogunato y del papel de la clase aristocrática. Su osadía fue tal que cambiaron por completo la faz de las islas y terminaron incluso con su propio estamento. Como apunta Thomas Smith (1988, pág. 134), en Japón no se produjo una revolución burguesa "porque no fue necesaria: la propia aristocracia era revolucionaria".

En primer lugar, se reemplazó la organización del país en más de 250 feudos semiautónomos a favor de una estructura política más centralizada, que se consideraba esencial para llevar a cabo profundas reformas en los ámbitos económico, militar o educativo. En 1869, los *daymios* fueron persuadidos de que les convenía "devolver" las tierras al emperador y aceptar el título de gobernadores imperiales de sus antiguos dominios. Este fue el prelude de la abolición de los mismos y su reorganización en 72 prefecturas dirigidas por delegados del Gobierno central. En 1871, el Estado pasaba a recoger directamente los impuestos de todas las regiones del país y removía las trabas que impedían la consolidación de un mercado nacional. En 1872, se aprobaba una ley de educación de ámbito nacional. La facilidad con que se llevó a cabo esta reorganización está en relación directa con la debilidad política de la mayoría de los *daymios* en la última etapa del *bakuhán* y los graves problemas económicos que arrostraban. Para compensar sus pérdidas, se les ofreció importantes indemnizaciones en forma de bonos del Gobierno y, más adelante, títulos de la nueva nobleza. Muchos de ellos acogieron con alivio la situación, ya que les permitía mantener su prestigio sin asumir responsabilidades.

El proceso de acabar con los privilegios de los samuráis fue más problemático y motivó las primeras disidencias entre los miembros de la oligarquía. Al principio, se actuó con tiento: cuando se disolvieron los dominios, el Estado se hizo cargo de los estipendios, aunque los redujo. En 1869, se produjo una primera reestructuración interna al simplificar los distintos rangos en sólo dos, altos samuráis (*shizoku*) y bajos (*sotsu*). Parte de estos últimos fueron ya integrados en 1872 en el grupo de los plebeyos, aunque sin perder sus asignaciones. En 1873, se les asestó dos golpes muy duros: sus ingresos iban a estar sometidos a impuestos y perdían el privilegio del oficio de armas, puesto que se aprobó la Ley de Conscripción Universal. Ésta obligaba a todos los jóvenes de 20 años

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

W. Beasley (1989). "Meiji political institutions". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 618-673). Nueva York: Cambridge University Press.

a 36 meses de servicio fuera cual fuera su origen. Tras largas discusiones en el seno del Gobierno, finalmente se había impuesto la opinión de Yamagata Aritomo, el fundador del ejército japonés moderno. En 1876, al suponer en conjunto una gravosa carga para las finanzas estatales, se les obligó a renunciar a sus estipendios en beneficio de una dotación de bonos, dotación que en muchos casos disminuía sus posibilidades económicas drásticamente. Además, se liquidaron con el resto de sus prerrogativas legales y simbólicas: se establecía la igualdad ante la ley, se permitía incorporar apellidos a toda la población; se abría la carrera burocrática al conjunto de la ciudadanía; se consentía a los samuráis dedicarse a cualquier actividad; y se terminaba con la costumbre de portar las dos espadas. La hostilidad generada por estas medidas no tardaría en desembocar en una gran rebelión que puso a prueba la solidez de las nuevas instituciones.

4.1.2. Disidencias, rebeliones, oposición política

Las relaciones en el seno de la oligarquía Meiji variaron ostensiblemente tras la denominada Delegación Iwakura, que entre 1871 y 1873 viajó por Europa y Estados Unidos. Su objetivo explícito era sondear a las potencias para tratar de conseguir una revisión de los tratados desiguales, pero sus ambiciones eran en realidad mucho mayores: encontrar las claves que permitieran situar a Japón a la altura de sus oponentes. Para ello, asumieron riesgos importantes ya que, entre sus miembros, se encontraba no sólo el hombre con mayor prestigio de la corte, el príncipe Iwakura Tomomi, sino figuras de primer nivel como Ôkubo Toshimichi, Kido Kôin e Itô Hirobumi.

Cierto es que, al empezar el periplo, ya se había efectuado buena parte del trabajo de consolidación política de la nueva Administración, pero no puede ser considerado un hecho menor que la mitad de los líderes partieran en una larguísima expedición. Y menos dejando atrás un Gobierno provisional dirigido por personajes como Saigo Takamori, de cuyo fuerte carácter no cabía esperar inmovilidad ante una necesidad eventual de tomar decisiones, pese a la existencia de acuerdos en ese sentido. De modo que cuando en 1873 surgieron problemas con Corea, que rechazó establecer lazos diplomáticos con el nuevo Gobierno Meiji, el Gobierno en funciones empezó a organizar una expedición punitiva contra la península.

Cuando regresó la embajada, se produjo una gran controversia. Por un lado, se encontraban los partidarios de la invasión, encabezados por Saigo e Itagaki Taisuke, que veían en ella un modo de defender la dignidad del país y de dar salida a la frustración de muchos samuráis ante los cambios. Por el otro, liderados por Ôkubo Toshimichi e Iwakura Tomomi, los que creían que una guerra desviaría recursos imprescindibles para las reformas domésticas y los haría más dependientes de los británicos en un momento en que el objetivo prioritario en política exterior había de ser la revisión de los tratados. Se impusieron los segundos y Saigo, indignado, abandonó el Gobierno y se retiró a

Bibliografía

Para profundizar en este subapartado, ved:

S. Vlastos (1989). "Opposition movements in early Meiji, 1868-1885". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 367-431). Nueva York: Cambridge University Press.



Delegación Iwakura
Fuente: http://en.wikipedia.org/wiki/File:Iwakura_mission.jpg

Satsuma. Se había impuesto la prudencia y la circunspección, la visión a largo plazo: *fukoku kyohei*, había que "enriquecer al país y reforzar al ejército" y dejar el orgullo nacional en un segundo plano.

Tras este primer escarceo, los problemas arreciaron. Era difícil que, tras centurias de ocupar una posición preeminente, los samuráis aceptaran sin más su eliminación como estamento. Fue en el suroeste, en las zonas de las que habían emergido la mayoría de los nuevos líderes, donde se produjeron las manifestaciones más grandes del malestar que afectaba a la antigua clase dirigente en forma de levantamientos contra un Gobierno que, a su juicio, había llevado las reformas demasiado lejos. El más grave de todos ellos, dirigido por el propio Saigo en 1877, obligó al nuevo ejército a mostrar todo su músculo. Tras su capitulación, el camino hacia el nuevo Japón parecía despejado pese a que otros de los perdedores del proceso, los estratos medios y bajos del campesinado, agobiados por el nuevo sistema impositivo, se levantarían en armas en Chichibu en 1884 o fundarían movimientos religiosos de corte milenarista, sólo para ser testigos de su propia derrota, faltos de medios para coordinar y movilizar a la oposición. Tras más de una década de reformas se dibujaba, pues, un escenario de ganadores y perdedores que Stephen Vlastos ha compendiado con claridad:

"Los campesinos ricos, los terratenientes, los empresarios, el mundo del comercio y las clases educadas se vieron muy beneficiadas por las reformas progresivas del periodo Meiji – en especial aquellas que supusieron la igualdad entre los ciudadanos, meritocracia, protección de la propiedad privada y promoción de crecimiento económico capitalista [...] Sin embargo las clases marginadas por las reformas, los grupos que estaban perdiendo poder social como resultado de la modernización, hacían frente a una situación muy distinta. El guerrero tradicional y los campesinos dedicados a la agricultura de subsistencia no encajaban en el nuevo orden y el gobierno sacrificó sus necesidades sociales sin demasiados miramientos en pos de acelerar la integración nacional y la acumulación de capital."

S. Vlastos (1989). "Opposition movements in early Meiji, 1868-1885". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, págs. 426-427). Nueva York: Cambridge University Press.

Un camino distinto emprendió otro disidente, Itagaki Taisuke. A él se debe la fundación y articulación del primer movimiento político del país, que tras varias reconfiguraciones acabaría desembocando, en 1881, en el Partido Liberal (*Jiyûtô*). Su principal reivindicación fue la creación de una asamblea representativa, asimilable a la de los países de Occidente, como único camino para encauzar la voluntad popular en apoyo de la nación. En el mismo sentido actuó Ôkuma Shigenobu, fundando el Partido Progresista (*Kaishintô*) en 1882, abogando por un parlamentarismo de tipo británico y con importantes apoyos en el emergente mundo de los grandes negocios. La presencia de ambos, molesta para sus viejos colegas oligarcas, era un recordatorio constante de que quedaba parte del trabajo por hacer.

4.1.3. La Constitución Meiji

El interés de los dirigentes Meiji por establecer un sistema representativo parecido al de las naciones occidentales había quedado reflejado, desde un principio, en el Juramento de los Cinco Artículos en 1868. No había acuerdo, pero ni en el modelo a seguir ni en el ritmo en el que debía implantarse. Durante los siguientes veinte años, experimentaron con distintas versiones de estructura de Gobierno que se resumían, al fin y al cabo, en una sola fórmula: los nuevos oligarcas tomaban sus decisiones de modo colegiado amparados por la figura del emperador. Sin embargo, a lo largo del periodo la preocupación por encontrar un mecanismo constitucional útil para reforzar al país, capaz de implicar a la voluntad popular y actuar de válvula de seguridad para el descontento, se mantuvo. Se estudiaron los sistemas políticos de las principales potencias; no en vano, se tenía clara conciencia de que la revisión de los tratados pasaba, en buena parte, por ofrecer una imagen acorde con lo que europeos y estadounidenses consideraban civilizado. Parecía inevitable avanzar en esa dirección, de modo que cuando la presión de los disidentes se hizo mayor, en 1881, públicamente se prometió que en 1890 habría una Constitución y una asamblea nacional.

Itô Hirobumi fue el encargado de tal responsabilidad y, en 1882, emprendió un nuevo viaje de estudios. El modelo por el que se habían decantado finalmente era el prusiano, acorde con la tradición marcial y conservadora de la elite nipona. Tras el contacto con eruditos como Rudolph von Gneist o Lorenz von Stein, esta percepción fue reafirmada. En palabras del propio Itô:

"Pese a que hoy en día persiste en nuestro país la tendencia errónea a creer en los trabajos de británicos, franceses y radicales y liberales americanos como si fuesen reglas de oro, en verdad conducen virtualmente a la demolición del Estado. Al haber encontrado los principios y los medios para combatir esta inclinación creo que he prestado un gran servicio al país y siento, en mi interior, que puedo morir como un hombre satisfecho."

Citado por: K. Pyle (1996). *The Making of Modern Japan* (Pág 122). Lexington, Mass.: Heath.

Después de varios años de arduo trabajo, la Constitución fue promulgada en febrero de 1889. El emperador era la piedra angular de la nueva estructura política, algo que rompía con el papel pasivo al que había sido relegado habitualmente en el pasado. No sólo el texto constitucional era presentado como un regalo fruto de su magnanimidad, sino que su figura, sagrada e inviolable, era la depositaria de la soberanía de la nación japonesa. Se le reservaba el Poder Ejecutivo, el mando supremo de las fuerzas armadas y la potestad para efectuar enmiendas en la Carta Magna. Y si bien el Poder Legislativo quedaba en manos de la Dieta –un parlamento bicameral, con una Cámara Baja escogida por sufragio censatario masculino y una Alta, para los nuevos pares del imperio y personajes prominentes cooptados directamente–, el monarca podía suspenderla temporalmente, disolver la Cámara Baja o legislar cuando ésta no se hallara en sesión.

Bibliografía

Para profundizar en este tema, ved:

J. A. Stockwin (1992). *The Establishment of the Japanese Constitutional System*. Londres: Routledge.

Un tono autoritario teñía todo el conjunto. La ley electoral restringía el sufragio a poco más del 5% de la población, y los derechos civiles recogidos en la Carta se hallaban condicionados por los límites establecidos por la ley. Los ministros y militares no respondían ante la Cámara, sino ante el emperador. Es más, desde 1888 los oligarcas habían creado el Consejo Privado, que no aparecía ni reflejado en la Constitución pero que sería el encargado de mover los hilos de la vida política, de la mano de Itô o Yamagata. Asimismo, se había puesto en marcha la creación de una poderosa burocracia con la intención de aislar al máximo el funcionamiento del gobierno de la maquinaria partidaria. La Constitución encarnaba, pues, el concepto de participación política que siempre había planeado sobre las mentes de la elite Meiji, un mero instrumento para conseguir la unidad nacional. Pero, pese a ello, estableció un primer marco legal que posibilitaba instituciones representativas, permitía legislar a los representantes y les daba el poder de veto sobre el presupuesto. Así, contra los deseos del reducido grupo de personalidades que pasarían a ser conocidos como *genrô*, la intervención de los partidos en los asuntos públicos fue cada vez más intensa.

4.2. Hacia una economía industrial

En 1868, la economía japonesa parecía poco comparable a la de las grandes potencias occidentales. Sin embargo, tras un crítico periodo de unos veinte años, se presentó ante el mundo como el primer país no occidental capaz de llevar a cabo un proceso de industrialización, efectuado además con extraordinaria rapidez, sin apenas recursos naturales ni asistencia financiera del exterior.

¿Cómo lo logró? No hay una respuesta fácil para ello. Cabe recordar que el mundo económico del shogunato no era tan pasivo como creyeron los primeros observadores, que el país contaba con una masa suficiente de población educada, motivada y disciplinada tanto en el campo como en el sector manufacturero y comercial. Sin este potencial, sin su receptividad a los estímulos económicos, habría sido difícil un avance tan formidable.

Sin la acumulación de capital permitida por las industrias tradicionales y el crecimiento del sector agrícola, no se hubiera producido la transferencia financiera que requería el sector moderno de la industria; y sin éste no hubieran llegado las divisas necesarias para la compra de materias primas. No supone la parte más llamativa del proceso, pero no debemos olvidarla pese a que el protagonismo recaiga sobre el papel que el Estado o los grandes empresarios del sector privado jugaron en la construcción de la moderna sociedad industrial nipona: el primero, removiendo los constreñimientos feudales y creando un marco adecuado para el crecimiento; los segundos, aprovechando las nuevas oportunidades haciendo gala de un fuerte patriotismo. Porque quizás la más importante aportación de los líderes Meiji en este terreno fue comprender que

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

S. Sugiyama (1988). *Japan's industrialization in the World Economy, 1859-1899*. Londres: Athlone Press.

Japón sólo podría confiar en sí mismo. Las transformaciones productivas y la consecución de una industria fuerte se convirtieron en un objetivo estratégico para la nación.

4.2.1. Las directrices del cambio

Ôkubo Toshimichi era consciente, tras formar parte de la Delegación Iwakura, que la labor era ardua. Creía que el Gobierno había de liderar la modernización. Si el Japón quería ser aceptado en términos de igualdad por el resto de naciones avanzadas, tenía que ser autosuficiente en lo económico y militar: *fukoku kyohei*, un lema antiguo que debía recuperarse pero aplicado esta vez al país entero. Para tener éxito, era necesario no dejarse cegar por las teorías más brillantes de la Ilustración y abrirse sin temores al libre comercio, como postulaba Fukuzawa Yukichi (1835-1901), sino observar y estudiar cómo los occidentales habían realizado el trayecto. Se descubría así que quizás les convenía más seguir las tesis proteccionistas de Friederich List que las de Adam Smith, apostar por la intervención del Estado y no por el "laissez-faire", si deseaban asegurar los objetivos de la nación, posicionamiento que entroncaba con los pensadores "realistas" de la última etapa del shogunato.

A partir de estas premisas, a tientas, experimentando, empezaron a formular políticas que habrían de trazar el camino hacia la industrialización. El Estado tenía que tomar un papel activo en la economía, actuando como punta de lanza en coyunturas especialmente delicadas como la que vivían. Estaba obligado a estimular el desarrollo de sectores estratégicos como la minería, la metalurgia pesada, las comunicaciones y, por supuesto, el complejo militar. Para ponerse a la altura de los occidentales, no había más remedio que incorporar su tecnología, por lo que, empezando con la maquinaria textil y siguiendo con la construcción naval o la siderometalurgia, se subvencionó y se creó un contexto institucional favorable a la importación de los prototipos más avanzados; contexto del que surgieron los mecanismos financieros capaces de asegurar la independencia de capital exterior y de articular una política de sustitución de importaciones que tratase de limitar la sangría que los tratados desiguales imponían al país. Por último había que fortalecer las exportaciones, empezando por los productos disponibles como el té, la artesanía o la seda en bruto, con la esperanza de que, con el tiempo, serían capaces de lanzar al mercado internacional productos con un mayor valor añadido, como el textil, a precios competitivos (tablas 6, 7 y 8).

Tabla 6. Valor del comercio exterior japonés entre 1870-1895 (en millones de yenes)

Año	Valor	Balance
1870	49.547	-20.461
1875	50.510	-13.288

Fuente: adaptado de S. Sugiyama (1988). *Japan's industrialization in the World Economy, 1859-1899* (pág. 46-47). Londres: Athlone Press.

Bibliografía

Para profundizar en este punto, ved:

K. Pyle (1989). "Meiji conservatism". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (pág. 674-720). Nueva York: Cambridge University Press.

Año	Valor	Balance
1880	70.641	-13.851
1885	70.646	3.648
1890	138.333	-25.125
1895	265.373	6.851

Fuente: adaptado de S. Sugiyama (1988). *Japan's industrialization in the World Economy, 1859-1899* (pág. 46-47). Londres: Athlone Press.

Tabla 7. Distribución de las exportaciones y importaciones, 1874-1896 (en %)

Periodo	Exportaciones materias primas	Exportaciones manufacturas	Importaciones materias primas	Importaciones manufacturas
1874-1883	42,5	57,5	8,8	91,2
1877-1886	39,5	60,5	10,3	89,7
1882-1891	33	67	18,7	81,3
1887-1896	26,3	73,7	28,2	71,8

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 220). Nueva York: Norton.

Tabla 8. Valor de la producción manufacturera 1874-1894 (Total y detalle de algunos subsectores. En millones de yenes constantes a precios de 1934-1936)

Año	Valor total	Producción de alimentos	Textil	Madera y derivados	Química
1874	685.772	422.891	59.991	44.243	72.492
1880	911.456	447.409	117.955	51.169	108.774
1884	977.760	557.490	120.964	50.816	100.145
1890	1.329.326	668.917	300.419	48.360	111.969
1894	1.734.633	810.746	468.878	59.610	154.611

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 219). Nueva York: Norton.

4.2.2. El Estado y los empresarios

La transformación económica de Japón se asentó en una dinámica mezcla de iniciativa estatal y privada. ¿Cómo actuó el Gobierno para favorecer el crecimiento? En primer lugar, mediante el efecto colateral de las medidas diseñadas para la construcción del nuevo Estado. La unificación administrativa del país supuso la desaparición de las trabas que impedían la formación de un verdadero mercado nacional: se eliminaron pasaportes y peajes y se dio libertad de circulación a los ciudadanos y las mercancías, a la vez que se levantaban las restricciones sobre las exportaciones internacionales. El fin de los privilegios sociales liberó al Estado de la gravosa carga de los estipendios y posibilitó que los elementos más dinámicos de la población, fuera cual fuese su origen, labrasen su propio futuro en la industria, el comercio o la nueva y poderosa burocracia. La indemnización en forma de bonos, además, no sólo saneó las cuentas del erario público, sino que dio un espaldarazo al naciente sistema bancario.

En segundo lugar, la racionalización de la estructura impositiva mediante la reforma de la contribución territorial fue un paso fundamental dado que la agricultura continuaba siendo la principal fuente de ingresos del país. La monetarización e uniformización del pago –que se calculó con referencia al valor de la tierra– y la eliminación de los obstáculos a las transacciones inmobiliarias no sólo permitió avanzar previsiones presupuestarias, sino que estimuló a los campesinos a mejorar su productividad (tabla 9).

Tabla 9. Producción agrícola, 1875-1895 (en millones de yenes constantes a precios de 1934-1936)

Año	Valor total producción*
1875	1,427
1880	1,564
1885	1,640
1890	1,874
1895	1,912

* Incluye cultivos, capullos de seda y cabaña ganadera.
Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 224). Nueva York: Norton.

En tercer lugar, lideró el proceso de creación de industrias modernas, favoreciendo en positivo y negativo el aprendizaje de las nuevas técnicas de gestión y organización, de modo que cuando los activos pasaron finalmente al sector privado –a bajos precios y con grandes facilidades– en los años ochenta, el capital privado no tuvo muchas dificultades para sanearlas.

Bibliografía

Para profundizar en los distintos aspectos tratados en esta temática, ved:

E. S. Crawcour (1989). "Economic change in the nineteenth century". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 5, pág. 569-617). Nueva York: Cambridge University Press.

K. Yamamura (1986). "The Meiji Land Tax Reform and Its Effects". A: M. Jansen; G. Rozman (ed.). *Japan in Transition* (pág. 382-397). Princeton: Princeton University Press.

En cuarto lugar, se generó un tejido financiero eficiente (tabla 10) y se creó y estabilizó una nueva moneda, el yen, proceso no exento de dificultades, como la inflación galopante de los años setenta, sólo controlada mediante las draconianas medidas deflacionarias del ministro Matsukata Masayoshi.

Tabla 10. Sistema bancario, 1875-1899

Año	Bancos nacionales		Bancos comerciales	
	Núm.	Capital*	Núm.	Capital*
1875	4	3.450	0	0
1885	139	44.456	218	18.750
1895	133	48.951	792	49.967
1899	0	0	1561	209.973

* En miles de yenes

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 226). Nueva York: Norton.

Como apunta Henry Rosovsky con respecto al ministro Matsukata Masayoshi:

"[...] combinaba firmeza y sabiduría con una fuerte confianza en la ortodoxia financiera, de manera que el 1885 ya había conseguido reencauzar la situación económica. Apartó los obstáculos e hizo posible el inicio de un crecimiento económico moderno. [...] Durante cinco años siguió por esta senda hasta que los objetivos originales del gobierno – ingresos adecuados, moneda saneada, banca moderna – fueron conseguidos y consolidados. La deflación de Matsukata fue una medicina fuerte pero, desde nuestro punto de vista, imprescindible para la supervivencia. [...] De este modo hacia 1885-1886 los principales objetivos del gobierno, planteados por primera vez en 1868, estaban al alcance. Un banco central que funcionaba, una moneda respetable, depurada de papel inconvertible, e ingresos consecuentes con los gastos. Se necesitaron diecinueve años para lograrlo pero desde ese momento la economía quedaba libre para avanzar cada vez más."

Rosovsky, H. (1966). "Japan's Transition to Modern Economic Growth, 1868-1885". A: H. Rosovsky (ed.). *Industrialization in Two Systems: Essays in Honor of Alexander Gerschenkron* (pág. 135). Nueva York: Wiley.

Y por último, puso en marcha un programa de creación de infraestructuras de comunicación y de servicios públicos. En 1880, el cable telegráfico conectaba ya los principales núcleos de población y la red de ferrocarriles avanzaba con rapidez una vez adquiridos los rudimentos necesarios sobre su construcción, funcionamiento y gestión (tabla 11).

Tabla 11. Construcción de la red de ferrocarriles, 1872-1904 (en millas de vía férrea)

Año	Ferrocarriles nacionales	Ferrocarriles privados	Total
1872	18	0	18
1880	98	0	98
1888	506	406	912
1896	632	1.875	2.507

Fuente: adaptado de J.L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 237). Nueva York: Norton.

Pero el crecimiento no fue debido sólo al programa de los oligarcas, sino que la visión, la ambición y el oportunismo del capital privado tuvo también su parte. Miles de pequeños y medianos empresarios rurales y urbanos, con escaso acceso a la tecnología punta, aumentaron su producción intensificando la explotación de la fuerza del trabajo y, por ende, la suya propia. Mediante sus ahorros y su experiencia financiera, contribuyeron al despegue de la banca de un modo activo. También algunas de las antiguas dinastías comerciales de la era Tokugawa, como los Mitsui o los Sumitomo, supieron encontrar sus oportunidades en el Japón Meiji creando grandes corporaciones empresariales a menudo con fuertes contactos con el aparato administrativo. Y formando un contingente nada despreciable del nuevo tejido empresarial, antiguos samuráis, que rentabilizaron los beneficios de una educación superior y los lazos con la elite dirigente. Cuando Matsukata empezó a vender las empresas del Estado el conjunto del sector privado, aprovechó la oportunidad: compró las fábricas y les hizo rendir beneficios. Biografías como las de Iwasaki Yataro, Yasuda Zenjiro o Shibusawa Eiichi no desmerecen frente a las de los capitanes de la industria de Occidente. Cabe destacar su peculiar visión del capitalismo, un *ethos* en el que la ambición puramente personal y el ideal del servicio a la nación trataban de guardar un difícil equilibrio. Formaron parte del reducido grupo de hombres de negocios que empezó a dominar una porción cada vez más importante de la economía mediante la creación de los denominados *zaibatsu* (literalmente, 'camarilla financiera'), grandes conglomerados con intereses industriales, comerciales y financieros que iban a marcar la vida económica del país en las siguientes décadas.

4.3. El crisol de un nuevo nacionalismo

A lo largo de los siglos, Japón había demostrado su capacidad para asimilar elementos culturales ajenos procedentes, en su mayoría, de China y Corea. A partir de 1868, iba a iniciar otro estadio en ese viaje. La amenaza exterior, que había catalizado la llegada de una nueva elite al poder, favoreció una espiral de cambios, ya que lejos de desaparecer dejaba sentir con fuerza su presencia. Ante esta grave situación, los garantes del nuevo régimen se sintieron libres para impulsar un programa de transformación con una radicalidad que el servil y viejo orden shogunal jamás habría permitido. Había que analizar a quien tenía una posición dominante, Occidente, para descubrir los principios en los que asentaba su hegemonía. El odiado extranjero se había convertido en modelo.

Para entender la actitud de los dirigentes Meiji, no hay mejor ilustración que la Delegación Iwakura, que entre 1871 y 1873 viajó por Europa y Estados Unidos. Ya hemos hablado de los riesgos que supuso tal apuesta, pero el envite dio sus frutos: al regresar a las islas, no sólo disponían de una visión más clara de la naturaleza predatoria de las relaciones internacionales, de las fuentes del poder industrial y militar de Occidente, sino que de las más de 2.000 páginas del informe de la misión se desprendía una audaz certidumbre en la posibilidad de recuperar el tiempo perdido. La ventaja de los bárbaros del oeste era de origen reciente y podía ser subsanada.

"La mayoría de países europeos brillan con la luz de la civilización y abundan en riqueza y poder. Su comercio es próspero, su tecnología es superior y disfrutan plenamente de los placeres y las comodidades de la vida. Cuando uno observa estas condiciones es posible que se vea tentado a pensar que estas naciones han estado siempre así, pero ello no es cierto – la riqueza y la prosperidad que se percibe en la Europa de nuestros días data, en gran medida, del periodo posterior a 1800. Les costó unos escasos cuarenta años conseguir estas condiciones [...] Cuan diferente es la Europa de hoy de la Europa de hace cuarenta años puede ser imaginado fácilmente. No había trenes atravesando las campañas, no había barcos de vapor surcando las aguas, no había noticias transmitidas por telégrafo [...] Aquellos que lean este informe tendrían que reflexionar sobre la lección que Japón puede extraer de todo ello."

Citado por: M. Mayo (1966). "Rationality in the Meiji Restoration". A: B. S. Silberman; H. D. Harootunian. *Modern Japanese Leadership: Transition and Change* (pág. 357-358). Tucson: University of Arizona Press.

Era necesario afrontar el inmenso desafío de construir una sociedad industrial en el curso de una generación sin temer a la dislocación social ni al sufrimiento psicológico que ello pudiera causar, sin dejarse amilanar por el peso del pasado. Pero, aleccionados por el canciller Bismarck, sabían también de la necesidad de ánimo, de convicción, de orgullo nacional, para poder competir con el resto de potencias. Había que cultivar el patriotismo. Combinar ambos objetivos no resultó tarea fácil.

4.3.1. El conflicto entre dos mundos

La apabullante superioridad militar de las potencias sentó a Japón ante el espejo. Quizás el fracaso tenía raíces más profundas que las puramente materiales. Quizás eran de carácter cultural. Japón estaba sometido a una situación

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

J. M. Ramseyer; F. M. Rosenbluth (1995). *The Politics of Oligarchy: Institutional Choice in Imperial Japan*. Cambridge: Cambridge University Press.

S. Hirawaka (1989). "Japan's turn to the West" A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 432-498). Nueva York: Cambridge University Press.

C. Gluck (1985). *Japan's Modern Myths: Ideology in the Late Meiji Period*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

E. Hobsbawm; T. Ranger (ed.) (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hardacre, H. (1989). *Shinto and the State, 1868-1988*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

A. Iriye (1989). "Japan's drive to great-power status". A: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 721-782). Nueva York: Cambridge University Press.

semicolonial y, si para librarse de ella, no había otro camino que la renuncia a una tradición que había conducido a tal resultado, habría que tomarlo. Surgió, pues, en estos años convulsos, una corriente de pensamiento que denostaba la herencia de la civilización nipona y abrazaba sin ambages los valores europeos. Fukuzawa Yukichi (1835-1901) fue su exponente más conspicuo. Su optimismo sobre la posibilidad de situar al país a la altura de Occidente se asentaba en la determinación de trabajar sin descanso demoliendo todo aquello que actuase como un impedimento y aceptando todo lo que fuese necesario para lograrlo. Si la identidad cultural japonesa se interponía entre el país y las leyes universales de la naturaleza y el progreso, había que renunciar a ella. Si la ciencia, la tecnología y el utilitarismo eran sus instrumentos, había que abrazarlos. Si se requería una sociedad más abierta y participativa, había que construirla.

Ôkubo Toshimichi, que tras el regreso de la Delegación se convirtió en el hombre más poderoso del Gobierno, lanzó decididamente al país por esta senda: si Japón pretendía alcanzar a los occidentales, la completa faz del archipiélago debía ser modificada. A ello dedicó todas sus energías hasta su asesinato en 1878 por un samurai disidente. Durante este periodo, que es conocido como el "despotismo de Ôkubo", aceleró la adopción de la tecnología y las instituciones foráneas, impulsó un nuevo sistema de educación que aspiraba a ser universal, a fomentar las virtudes requeridas para el desarrollo del país tomando como base la enseñanza occidental, a convertir el aprendizaje en el instrumento básico de la movilidad social. Además, promovió la contratación de más de 3.000 consejeros extranjeros, envió a 11.000 estudiantes a Europa y Estados Unidos y acentuó los esfuerzos para la transformación de la base legal y administrativa del Estado. Había que convencer a las potencias que el pueblo nipón había aceptado el camino de la "civilización" y merecía un mejor trato. Como muchos otros japoneses, creía que había que "escapar de Asia". En palabras de Fukuzawa,

"Hoy China y Corea no nos son de ninguna ayuda. Al contrario, debido a que nuestras tres naciones son adyacentes algunas veces somos vistos como iguales a los ojos de los pueblos civilizados de occidente. Cualidades de China y Corea son atribuidas a nuestro país [...] y ello lastra indirectamente nuestra política exterior, en gran medida. Es realmente una gran desgracia. Por esta razón al planificar nuestro futuro no tenemos tiempo de esperar el desarrollo de nuestros vecinos y unirnos a ellos para revivir Asia. Al contrario, hemos de alejarnos de ellos y buscar la compañía de las naciones civilizadas de occidente."

K. Pyle (1969). *The New Generation in Meiji Japan: Problems of Cultural Identity, 1885-1895* (pág 149). Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Esta alienación respecto a la propia herencia cultural dio un poderoso impulso al programa de reformas de la primera generación de gobernantes Meiji, pero pronto se apreció que la embriaguez de valores occidentales no sólo resultaba demasiado onerosa para el orgullo japonés, sino que era difícilmente compatible con la cosmovisión de la mayoría de la población. En 1880, parecía evidente que si quería construirse una conciencia nacional fuerte habrían de encontrarse otras fuentes, más allá de la simple imitación de costumbres y valores ajenos. Incluso entre los elementos más educados de la población,

capaces de apreciar aquello que procedía del oeste, despertó un sentimiento de ambivalencia ante la magnitud de la importación cultural, la sensación de que se había ido demasiado lejos. Se encontraba en peligro la identidad japonesa. En palabras del editor del periódico Nihon,

"El patriotismo tiene sus orígenes en la distinción entre 'nosotros' y 'ellos' que alimenta el nacionalismo y el nacionalismo es el elemento básico para preservar y desarrollar una cultura distintiva. Si la cultura de un país se ve muy influenciada por la de otro y pierde completamente su carácter particular, seguramente este país perderá la capacidad de caminar con independencia."

Citado por: K. Pyle (1969). *The New Generation in Meiji Japan: Problems of Cultural Identity, 1885-1895* (pág 75). Stanford, Calif.: Stanford University Press.

4.3.2. La reinención de la tradición imperial

Mientras la intelectualidad japonesa vivía con agitación e incertidumbre el debate identitario, el Gobierno asumió lo delicado de la situación en otros términos. El orgullo cultural era un factor secundario respecto a la voluntad de asentar el progreso del país, de restablecer la estabilidad y la unión de la comunidad. Había que movilizar a las masas, encontrar el cemento ideológico que legitimara al nuevo Japón y le ayudara a superar los problemas internos y externos. Y para ello había que escarbar en las raíces de la propia identidad nipona, en el pasado mítico de las islas y reelaborarlo. Tenían que "inventar una tradición", destilar una nueva esencia nacional con un lenguaje y unos principios familiares y utilizarla para apuntalar el Estado que estaban construyendo. El emperador fue su ingrediente principal, y el Shintô, las llamadas a la armonía social y la visión confuciana de la estirpe, los preceptos escogidos para aderezarlo. La escuela, el ejército, la Administración local y el aparato religioso servirían como instrumentos para inocularla. Era imprescindible que la institución imperial –el pilar del nuevo sistema constitucional– fuera no sólo respetada sino venerada por el pueblo.

Yamagata Aritomo se encargó de impulsar el nuevo culto en el ejército: readaptó las enseñanzas del *bushido*, distorsionándolas, hasta convertir la fidelidad ciega al emperador, encarnado en sus oficiales, en la única razón de ser del conscripto. Asimismo, fue el principal artífice de la reestructuración territorial que agruparía en 15.000 nuevos municipios las antiguas aldeas, permitiendo al Gobierno central un mayor control sobre sus asuntos a la vez que ganaba para la causa a los más ambiciosos de los notables locales. Unos años después, se ordenó la fusión de todas las capillas vinculadas a las creencias Shintô de cada jurisdicción en un solo centro litúrgico en el que una remozada visión de este antiguo credo animista focalizó, en la devoción al emperador, las ansias espirituales de la población, apartándolas de sus viejos *kami*. Por supuesto, los sacerdotes fueron encuadrados bajo las órdenes de las autoridades locales, de modo que las prácticas religiosas quedaron centralizadas. La escuela, sin embargo, sería el más eficiente de los nuevos mecanismos para el adoctrinamiento. En 1890, el Edicto Imperial sobre Educación, que pasaría a formar a parte de la cotidianidad de los escolares, les alentaba a:

"ser filial con los padres, afectuoso con los hermanos y hermanas; armoniosos como maridos y mujeres; leales en la amistad; conducíos con modestia y moderación [...] respetad siempre la constitución y observad las leyes; si se produce una emergencia, ofrezco con coraje al Estado; y así guardad y mantened la prosperidad de nuestro Trono Imperial coetáneo del cielo y la tierra."

El emperador transmutaba en padre de la nación y convertía en hijos a todos sus súbditos. El Ministerio de Educación pasó a supervisar concienzudamente los libros de texto para asegurarse de que no hubiera ninguna disonancia.

El nuevo cuerpo ideológico cuajó: supo tocar los resortes necesarios para que, al poco tiempo, los principales valedores de la doctrina imperial surgieran de la sociedad civil, ya anónimamente, ya desde la tribuna pública. Al amparo del nuevo dogma, seguramente se sentían protegidos frente al estrés emocional provocado por un periodo de cambio social trepidante. Y pronto demandarían satisfacciones para un orgullo nacional maltratado desde el choque con Occidente cuarenta años atrás.

4.3.3. La reafirmación regional

La sutileza, sin duda, caracterizó la política exterior de los líderes Meiji. Con una aguda percepción de las condiciones internacionales, habían demostrado que el país podía seguir su senda y no incomodar en el escenario asiático, donde habían actuado con extrema prudencia. Cierto es que se había incorporado la isla de Ezo como la nueva prefectura de Hokkaido en 1869. O que aprovechando un incidente menor entre pescadores habían lanzado una expedición punitiva contra Formosa en 1874 y adueñado de las islas Ryukyu en 1879. Pero, en cambio, habían rechazado la tentación de actuar impetuosamente en Corea, su objetivo estratégico prioritario. A lo largo de los años ochenta, se produjeron en la península varios incidentes con China, que aspiraba a mantener su hegemonía sobre ella, pero se habían solucionado diplomáticamente. En 1885, Itô Hirobumi y Li Hongzhang acordaron no enviar tropas a la zona sin avisarse previamente. Con tiento, habían reafirmado su situación regional. El premio a los arduos esfuerzos para modernizar al país y dotarlo de una apariencia asimilable a la de los Estados europeos más avanzados fue acabar con la extraterritorialidad en 1894. Una vez asegurada su posición, Japón se sintió con fuerzas para iniciar su propia expansión imperial.

Bibliografía

a) Obras generales

- Bailey, Paul** (2002). *China en el siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- Duby, G.** (1999). *Grand Atlas Historique* (pág. 238). París: Larousee.
- Gernet, Jacques** (1991). *El mundo chino*. Barcelona: Crítica.
- Gordon, A.** (2003). *A Modern History of Japan*. Oxford: Oxford University Press.
- Hane, M.; Pérez, L.** (2009). *Modern Japan. A historical Survey*. Boulder, Col.: Westview Press.
- Hsü, Immanuel** (1995). *The Rise of Modern China*. Nueva York: Oxford University Press.
- Jansen, M.** (2000). *The Making of Modern Japan*. Harvard: Harvard University Press.
- McClain, J. L.** (2002). *Japan: A Modern History*. Nueva York: Norton.
- Pyle, K.** (1996). *The Making of Modern Japan*. Lexington, Mass.: Heath.
- Roberts, J. A. G.** (1998). *Modern China: An Illustrated History*. Phoenix Mill: Sutton.
- Spence, Jonathan** (1991). *The Search For Modern China*. Nueva York: Norton.
- Totman, C.** (2005). *A History of Japan*. Oxford: Blackwell.

b) Bibliografía específica

- Beasley, W.** (1989). "Meiji political institutions". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 5, pág. 618-673). Nueva York: Cambridge University Press.
- Beasley, W.** (1989). "The foreign threat and the opening of the ports". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 5, pág. 259-307). Nueva York: Cambridge University Press.
- Biraben, J.-N.** (1993). "Le Point sur l'Histoire de la Population du Japon". *Population* (vol. 48, núm. 2, pág. 443-472).
- Bolitho, H.** (1989). "The Tempo crisis". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 5, pág. 116-167). Nueva York: Cambridge University Press.
- Bolitho, H.** (1990). "The han". En: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 183-232). Nueva York: Cambridge University Press.
- Chesneaux, Jacques; Bastid, Marianne** (1972). *Historia de China. De las guerras del opio a la guerra franco-china: 1840-1885*. Barcelona: Vicens-Vives.
- Cranmer-Byng, J. L.** (ed.) (1962). *An Embassy to China, Being the journal kept by Lord Macartney during his embassy to the Emperor Ch'ien-lung, 1793-1794*. Bristol: Longmans.
- Crawcour, E. S.** (1989). "Economic change in the nineteenth century". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 5, pág. 569-617). Nueva York: Cambridge University Press.
- Dore, R.** (1965). *Education in Tokugawa Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Esherick, Joseph** (1972, noviembre-diciembre). "Harvard on China: the Apologetics of imperialism". *Bulletin of Concerned Asian Scholars* (vol. 4, núm. 4).
- Fairbank, John King** (ed.) (1973). *The Chinese World Order. Traditional China's Foreign Relations*. Harvard: Harvard University Press.
- Fairbank, John K.; Têng, Ssu-yü** (1941). "On the Ch'ing Tributary System". *Harvard Journal of Asiatic Studies* (vol. 6, núm. 2).
- Feuerwerker, Albert** (1975). *Rebellion in Nineteenth-century China*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Gluck C.** (1985). *Japan's Modern Myths: Ideology in the Late Meiji Period*, Princeton, NJ: Princeton University Press.

- Hall, J. W.** (1990). "The *bakuhan* system". En: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 128-82). Nueva York: Cambridge University Press.
- Hall, J. W.; Jansen, M. B.** (ed.) (1968). *Studies in the Institutional History of Early Modern Japan*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Hanes, W.; Travis; Sanello, Frank** (2004). *The Opium Wars: The Addiction Of One Empire And The Corruption Of Another*. Chicago: Sourcebooks.
- Hanley, S.; Yamamura, K.** (1977). *Economic and Demographic Change in Preindustrial Japan, 1600-1868*. Princeton: Princeton University Press.
- Hardacre, H.** (1989). *Shinto and the State, 1868-1988*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Harootunian, H.** (1988). *Things Seen and Unseen: Discourse and Ideology in Tokugawa Nativism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hevia, James L.** (1995). *Cherishing Men from Afar. Qing Guest Ritual and the Macartney Embassy of 1793*. Durham: Duke University Press.
- Hevia, James L.** (2003). *English Lessons. The Pedagogy of Imperialism in century China*. Durham: Duke University Press.
- Hirawaka, S.** (1989). "Japan's turn to the West" En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 432-498). Nueva York: Cambridge University Press.
- Hobsbawm E.; Ranger T.** (ed.) (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hunt, Janin** (1999). *The India-China Opium Trade in the Nineteenth Century*. Jefferson: McFarland & Company.
- Iriye, A.** (1989). "Japan's drive to great-power status". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 721-782). Nueva York: Cambridge University Press.
- Janetta, A. B.** (1987). *Epidemics and Mortality in Early Modern Japan*. Princeton: Princeton University Press.
- Jen, yu-wen [Jian Youwen]** (1973). *The Taiping Revolutionary Movement*. New Haven: Yale University Press.
- Koschmann, J. V.** (1987). *The Mito Ideology: Discourse, Reform and Insurrection in Late Tokugawa Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Kwong, Luke S. K.** (1984). *A Mosaic of Hundred Days: Personalities, Politics and Ideas of 1898*. Harvard: Harvard University Press.
- Mayo, M.** (1966). "Rationality in the Meiji Restoration". En: B. S. Silberman; H. D. Harootunian. *Modern Japanese Leadership: Transition and Change* (pág. 345-366). Tucson: University of Arizona Press.
- McClain, J. L.** (1982). *Kanazawa: A Seventeenth-Century Japanese Castle Town*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Michael, Franz** (ed.) (1971). *The Taiping Rebellion. History and Documents*. Seattle: University of Washington Press.
- Najita, T.** (1987). *Visions of Virtue in Tokugawa Japan*. Chicago: University of Chicago Press.
- Ooms, H.** (1985). *Tokugawa Ideology: Early Constructs, 1570-1680*. Princeton: Princeton University Press.
- Polachek, James** (1992). *The Inner Opium War*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Pyle, K.** (1969). *The New Generation in Meiji Japan: Problems of Cultural Identity, 1885-1895*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Pyle, K.** (1989). "Meiji conservatism". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 674-720). Nueva York: Cambridge University Press.

Ramseyer, J. M.; Rosenbluth, F. M. (1995). *The Politics of Oligarchy: Institutional Choice in Imperial Japan*. Cambridge: Cambridge University Press.

Reynolds, Douglas Robertson (1993). *China, 1898-1912: The Xinzhen Revolution and Japan*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Rosovsky, H. (1966). "Japan's Transition to Modern Economic Growth, 1868-1885". En: H. Rosovsky (ed.). *Industrialization in Two Systems: Essays in Honor of Alexander Gerschenkron* (pág. 124-143). Nueva York: Wiley.

Smith, T. (1988). *Native Sources of Japanese Industrialization, 1750-1920*. Berkeley: University of California Press.

Spence, Jonathan (1996). *God's Chinese Son. The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan*. Nueva York: Harper Collins.

Stockwin, J. A. (1992). *The Establishment of the Japanese Constitutional System*. Londres: Routledge.

Sugiyama, S. (1988). *Japan's industrialization in the World Economy, 1859-1899*. Londres: Athlone Press.

Tatsuya, T. (1990). "Politics in the eighteenth century". En: John W. Hall (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 425-477). Nueva York: Cambridge University Press.

Teng, Ssu-yu; Fairbank, John King (1982). *China's response to the West: a documentary survey 1839-1923*. Cambridge: Harvard University Press.

Toby, R. (1991). *State and Diplomacy in Early Modern Japan: Asia in the Development of the Tokugawa Bakufu*. Stanford: Stanford University Press.

Totman, C. (1993). *Early Modern Japan*. Berkeley: University of California Press.

Vlastos, S. (1986). *Peasant Protests and Uprisings in Tokugawa Japan*. Berkeley: University of California Press.

Vlastos, S. (1989). "Opposition movements in early Meiji, 1868-1885". En: M. Jansen (ed.). *The Cambridge History of Japan* (vol. 4, pág. 367-431). Nueva York: Cambridge University Press.

Wakeman, Frederik (1997). *Strangers at the Gate: social disorder in South China: 1839-1861*. Berkeley: University of California Press.

Wilson, G. (1992). *Patriots and Redeemers in Japan: Motives in The Meiji Restoration*. Chicago: University of Chicago Press.

Wright, Mary Clabaugh (1957). *The Last Stand of Chinese Conservatism: the T'ung-Chih Restoration, 1862-1874*. Stanford: Stanford University Press.

Yamamura, K. (1986). "The Meiji Land Tax Reform and Its Effects". En: M. Jansen; G. Rozman (ed.). *Japan in Transition* (pág. 382-397). Princeton: Princeton University Press.

